

EL HOMBRE DE JÚPITER

H. S. THELS

Tuk es un joviano, miembro de la casta de los punios, el pueblo —la «clase obrera» de Júpiter—. Los punios viven bajo el dominio de los emios. Una lejana catástrofe, vagamente descripta, ha dejado mudos y sordos a los jovianos. Debido a esto, todos han desarrollado la capacidad de comunicarse telepáticamente. Los emios, además, poseen otros dos poderes: el de leer mentes ajenas y el de conocer los verdaderos sentimientos de sus poseedores. Gracias a estos atributos, se han constituido en la casta dominante.

Las muchachas casaderas son trasladadas a vivir a los Valles Azules, donde esperan ser entregadas en matrimonio. Los emios conciertan todos los matrimonios de Júpiter mediante una ceremonia pseudoreligiosa en la que le eligen novia a cada punio joven, haciéndole pagar una dote que, en ocasiones —dependiendo de la belleza de la muchacha—, puede consistir en todas sus posesiones. En realidad, los emios utilizan sus facultades para analizar los sentimientos de los punios y elegirles una mujer deseable, para que paguen gustosos la dote, verdadera fuente de las riquezas y el poder de la casta dominante. Los escasos punios que, en algún momento, se han resistido al domino emio, han desaparecido misteriosamente.

Tuk, por un recóndito mecanismo evolutivo que nunca se explica, tiene también las dos facultades mentales extraordinarias propias de los emios. Siempre las ha mantenido en secreto y, gracias a ellas, conoce la verdadera ansia de poder de los emios y se indigna con la manipulación de masas que estos están ejerciendo sobre su pueblo.

Tuk está enamorado de Onika, la más bella de todas las muchachas de los Valles Azules. Al descubrir que Lak, uno de los «capos» emios, también la pretende, se mete en la mente de ella para informarle que irá a rescatarla de su cautiverio… y así sus poderes son descubiertos. Lak logra dominar la mente de Tuk e —inexplicablemente—, en lugar de eliminarlo (en un diálogo que ocupa apenas media página del texto) decide enviarlo al exilio en una nave espacial que estaba dispuesta vaya a saber para qué menester.

La nave de Tuk aterriza en la Tierra, en el continente africano, y es descubierta por Ogano, un niño pastor de raza negra. Tuk se comunica telepáticamente con Ogano y —después de un episodio en que lo ayuda a recuperar su rebaño— el negrito y el joviano se hacen amigos.

Los jovianos son parecidos a los seres humanos pero miden veinte metros de altura. El padre de Ogano está en connivencia con un cazador blanco e inescrupuloso que captura bestias salvajes para venderlas a un circo (el cazador paga su ayuda con botellas de *whisky*). Cuando el cazador se entera de la existencia del hombre de veinte metros, ofrece cajas enteras de licor al padre de Ogano y a sus amigos para que lo ayuden a capturar al «monstruo», ya que podrá pedir una verdadera fortuna por él.

Nota: El hombre de Júpiter fue reeditada en el número 117 de la colección Galaxia 2001 de Editorial Andina (año 1978). La ilustración de cubierta de esta reedición pertenece a Prieto Muriana.



H. S. Thels

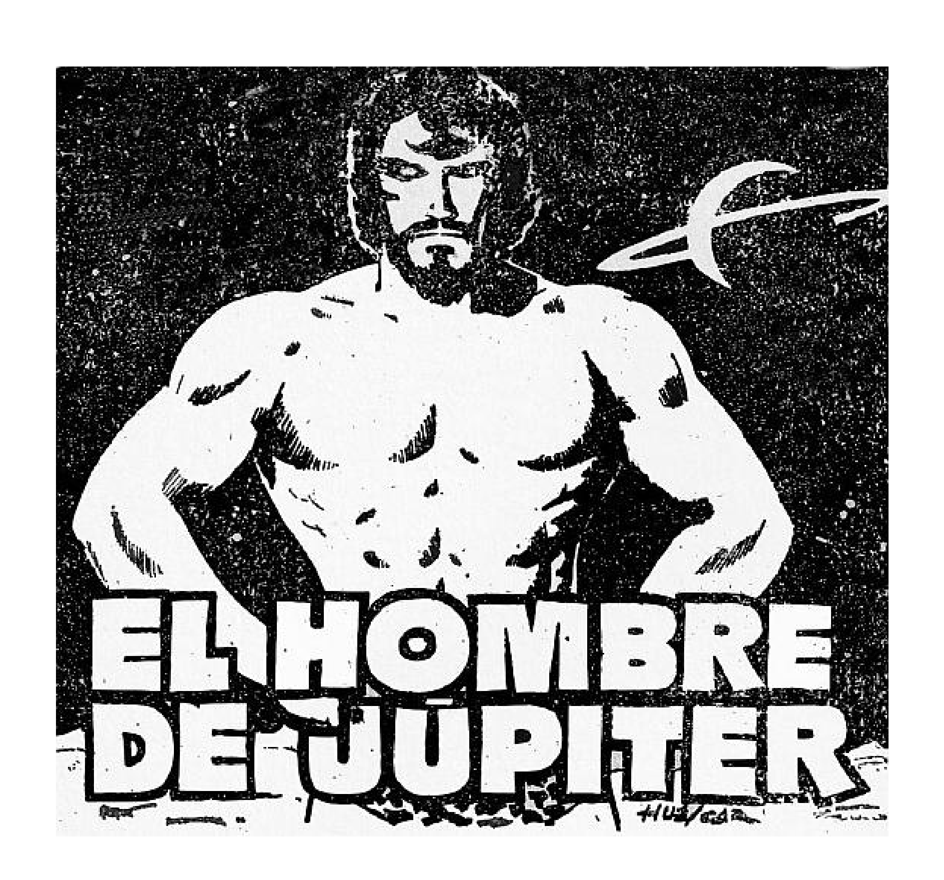
El hombre de Júpiter

Bolsilibros: Espacio - El Mundo Futuro - 107

ePub r1.0
LDS 04.11.18

Título original: *El hombre de Júpiter*
H. S. Thels, 1958
Cubierta: Fersan
ePub modelo
LDS
, basado en ePub base r1.2




EL HOMBRE
DE JÚPITER

Introducción

Los jovianos eran seres humanos.

Sin embargo, esta conclusión a la que se llegó después de la azarosa presencia de Tuk en la Tierra, no explica, ni mucho menos, la verdadera esencia de aquellos seres.

Todos los que conocieron a Tuk, fuese cual fuese la posición psíquica que adoptaron frente a él, estuvieron siempre seguros de su indudable superioridad mental. Hasta los que le trataron como a una mera curiosidad zoológica, convertida en una buena fuente de beneficios, tuvieron que rendirse a la evidencia, ya que era superior, de una manera total y absoluta, a ellos.

Para los que sin llegar a comprenderle del todo, ¿quién podía ser capaz de hacerlo? Lo amaron un poco, dentro de las limitaciones afectivas naturales, que habían de imponerse en el mejor de los casos, su superioridad despertó admiración sincera, que supo incrementar aquel raro, extraño y hasta paradójico cariño.

Porque, en el mejor de los casos, la intercomunicación que se podía establecer con Tuk era siempre imprecisa, incompleta y hasta, si se quiere, disparatada y rayana en lo imposible.

Y es natural que tal cosa se produjese, ya que la mentalidad, humana, limitada por la posesión de un cerebro, a su vez limitado, imponía grandes restricciones de comprensión, cuando de penetrar en el cerebro de Tuk se trataba.

¿El cerebro del hombre de Júpiter?

Hay que permitir el inciso, la pregunta y hasta una leve sonrisa, llena de compasión para los humanos, al hablar del cerebro de Tuk.

Porque ¿tenía uno solo?

Por desgracia, los únicos que hubiesen podido determinarlo con cierta exactitud, no llegaron nunca a tener la probabilidad de hacerlo. Y

Tuk, al cabo unos años, cuando la maldad, la ignorancia y quizá la envidia de los hombres acabaron con él, se convirtió en algo que ya estaba fuera del alcance de los que hubieran podido aclarar muchas cosas.

Así ha ocurrido muchas veces.

Cuando en Siberia, en el siglo pasado, por ejemplo, descubrieron unos hombres el cadáver de un mamut, perfectamente conservado en el seno del hielo que le había servido de tumba durante millones de años, la ignorancia hizo que lo devoraran, dejando un pobre esqueleto que, aunque preciosa reliquia del pasado, no era ya más que tos restos de algo único, que hubiese hecho las delicias de muchas generaciones, a las que hubiese estado permitido ver un animal del Cuaternario, tal y cómo era en aquella época.

Del mismo modo, Tuk, una grandiosa oportunidad para los hombres de ciencia y también oportunidad para los demás humanos, se perdió lamentablemente, en un final lleno de crueldad, donde la ignorancia jugó el principal papel.

De haber sido normalmente aprovechada la estancia del hombre de Júpiter entre nosotros, se hubiese realizado un portentoso avance en muchas cosas que aún aparecen veladas por el más impenetrable de los misterios.

También se hubiese logrado frenar el egocentrismo humano, al demostrarse que la grandeza de la Creación nos reserva agradables y aleccionadoras sorpresas, que pueden considerarse como hermosas lecciones de humildad.

Bien es verdad que, para algunos, la desaparición de Tuk constituyó un buen negocio.

¿Para quiénes?

Para los necios, para los que, cerrando voluntariamente los ojos ante todo lo grande, siguen colocando al hombre en un pedestal de estúpida superioridad, para los que comercian con esos conceptos falsos, para los que necesitan gozar de una ficticia y efímera hegemonía, para los narcisistas de su propia Especie.

La presencia de Tuk hubiese hecho balancear peligrosamente a su estúpido ídolo con pies de barro.

Y eso, naturalmente, no les convenía.

¡Que hermosa lección de humildad desperdiciaron!

Por otra parte, es muy difícil saber lo que el hombre de Júpiter llegó

a pensar de nosotros. Indudablemente y a través del relato que sigue, podrán conocerse algunos de sus pensamientos, muchas de sus sorpresas y, en toda ocasión, aquella bondad que le empapaba totalmente.

Porque Tuk era bueno.

Verdad es que hubiese podido colocar a los que abusaron de él, en una postura difícil; pero era, incapaz de hacerlo e intentó, hasta el final, comprender a aquellos minúsculos seres, a aquellas débiles criaturas, tan distintas por dentro, como le eran semejantes por fuera…

Deseemos ardientemente que Tuk nos haya perdonado.

Y, a pesar de todo, estemos segaros de que el hombre de Júpiter tuvo algunas ocasiones —muy pocas, pero de mucho valor para él— en las que sonrió, profundamente conmovido por los que, verdadera y sinceramente humanos, llegaron a amarlo a su modo.

H. S. THELS.

CAPÍTULO PRIMERO



l semicírculo de piedra tenía una cierta resemblanza con el «ágora» de los griegos y aquella similitud se veía aumentada por las túnicas con que se cubrían los allí presentes que, en número de un centenar aproximadamente, llevaban largas hasta los pies y plegadas bajo el brazo derecho.

Si alguien hubiese podido observar aquel grupo de hombres durante un rato, se hubiera extrañado primero y sonreído después, ya que los gestos que hacían los que parecían hablar, no iban seguidos de ninguna clase de sonido.

Al observador terrícola le hubiera parecido asistir a la proyección de una de aquellas películas de la época pre-sonora del cine, en la que el gesto y la expresión eran lo más importante. Porque aquí, como en aquellos viejos y formidables «films», los ademanes jugaban el más primordial papel; es decir, el único.

Pero todo aquello no era ningún misterio para Tuk.

Sentado en una de las últimas gradas, seguía atentamente los

«discursos» floridos de los oradores, que se iban sucediendo uno tras otro.

Todos los que «hablaban» eran «emios», individuos pertenecientes a la más alta clase joviana y que, para los demás, eran como semidioses, ya que poseían las tres facultades de la mente.

Los demás, Tuk entre ellos, en cierto modo pertenecían a los «punios», clase baja, que no posee más que la primera facultad; es decir, la simple, sencilla y general de todo joviano: el lenguaje telepático. Por eso hubiese parecido silenciosa aquella reunión a los oídos humanos. Los hombres de Júpiter, después de las catástrofes sísmicas que el planeta había sufrido en lo que ellos llamaron Siglo Negro, habían perdido el poder de la voz. Y el oído, atrofiándose poco a poco, los había convertido en una raza de sordomudos.

¿Cuánto tiempo había pasado desde la fatal época del Siglo Negro?

Ninguno de los presentes hubiera podido decirlo. Pero los resultados nefastos habían apagado la energía de sus gargantas, eternamente mudas, y cerrado las ventanas de sus oídos, insensibles para siempre a los sonidos de la naturaleza.

El Siglo Negro dejó una profunda huella en los jovianos; pero, al mismo tiempo, desarrolló en ellos, por imperiosa necesidad, aquel poder de comunicación mental, puramente telepático, cuya mayor complicación y desarrollo poseía la casta elevada de los «emios».

La reunión había sido provocada, como cada año, para fijar los matrimonios de los «punios» allí existentes, todos ellos jefes de clan y que debían obedecer ciegamente a las disposiciones de los «emios».

Los poderes mentales de estos últimos eran omnímodos, en cierto modo, y les prestaban suficiente autoridad y ascendencia para ser obedecidos sin la menor protesta.

Una vez establecidos los matrimonios, los «punios» que se casasen aquel año se veían obligados a pagar, durante diez seguidos, una cantidad que oscilaba entre el tercio y la mitad de sus producciones, dependiendo la cantidad de la riqueza que, poseía cada uno.

Y aquello era lo que, en aquel momento, hacía sonreír a Tuk.

Qué fácil le hubiese sido descorrer el telón mental, poniendo en

marcha la segunda o tercera facultad; porque, aunque todos lo ignoraban, Tuk poseía, en secreto, las mismas facultades mentales que los «emios», siendo capaz, por lo tanto, de «leer» en las mentes de los «importantes» todo el engaño y mentira que utilizaban para vivir en la opulencia, a costa de los demás.

Desde su lejano país, Tuk, descorriendo, el telón de la segunda facultad, muchas veces había logrado enterarse de lo que pasaba entre los «emios», percatándose muy pronto de que aquellos seres despreciaban olímpicamente a los «punios», de los que se servían para enriquecerse hasta límites insospechados.

Además, gozando de toda clase de privilegios, se reservaban las más hermosas mujeres del Reino, engañando a los demás con aquellas reuniones en las que, resguardándose tras su superioridad mental, imponían matrimonios y creaban lazos familiares que, finalmente, les beneficiaban de mil modos distintos.

De todas las maneras, Tuk había asistido a todas las reuniones, ya que lo único que le preocupaba era que fuese él uno de los elegidos para los caprichosos e interesados matrimonios que forjaban los «emios». En tanto no se fijasen en él, nada le importaba acudir a las reuniones a las que, por otra parte, era obligatorio ir.

Lak se levantó en aquel momento, ocupando la estrada de los oradores.

Tuk frunció el entrecejo, pues de todos los «emios», aquél era el que más antipático le resultaba. Y no era solamente por su calidad de «embaucador» y granuja, como los demás, sino porque, desde hacía cierto tiempo, Tuk había descubierto que aquel individuo miraba intensamente, a Onika, la muchacha de la que él estaba profundamente enamorado.

Lak habló largamente. Sus ideas eran como las de los otros y el tono de sus ideas demostraba la importancia que se daba al expresarse mentalmente.

Finalmente, Lak llamó a Sinuk, el más poderoso jefe de clan, que sonriendo se dirigió hacia donde se hallaba el orador.

—Éste es un ejemplo —dijo Lak— de lo que puede llegar a ser un simple «punio», gracias al esfuerzo de su clan. Ya habéis visto que nosotros, los «emios», no deseamos más que vuestro bien y que ponemos nuestros poderes mentales a vuestro servicio, guiándoos allá donde vuestra ignorancia no puede llegar.

»Verdad es que vosotros poseéis el dominio absoluto de la agricultura, de la minería y de la ganadería y que nosotros nos hemos reservado el campo de la ciencia y de la técnica. ¿Quién realiza el más penoso trabajo?

»Nuestras máquinas os proporcionan una mayor riqueza y prosperidad. Aquí tenemos, en Sinuk, el ejemplo claro de lo que puede llegar a ser un “punio” por su propio esfuerzo.

»¡El puede elegir esposa!

Si la voz de los jovianos hubiese existido, un murmullo de admiración hubiera llegado, potente, hasta el lugar donde se erguía el orador.

Intrigado, Tuk corrió el telón de la TERCERA POTENCIA, analizando los verdaderos sentimientos de Lak.

Vio entonces que Lak, apoyado por las mentes de los demás «emios», deseaba complacer a aquel poderoso jefe de clan, porque éste daría la mitad de sus riquezas a los «elegidos». Las monedas de oro ocupaban totalmente el cerebro de Lak y los cerebros de los demás «emios» que le rodeaban.

Asqueado, Tuk corrió el telón, quedándose con la primera facultad, como todos los demás desdichados que le rodeaban.

—¡Ya has oído, Sinuk! —exclamó mentalmente Lak—. ¡Puedes elegir esposa! Tú, con todo lo que posees, gracias al maravilloso esfuerzo que has hecho, elevándote por encima de los demás «punios», estás capacitado para elegir la mujer que desees…

Sinuk sonrió, sonrojándose de felicidad.

Miró a los demás, a los desdichados que se morían de envidia y se sintió dichoso como nunca. Luego, volviendo el rostro hacia el «elegido», bajó la mirada y con una mansedumbre impresionante dijo:

—¡Gracias, Lak! Daré lo que me pidan.

Y después de una corta pausa, el «elegido» inquirió:

—¿Cuál es la mujer que deseas, Sinuk?

Hubo otra pausa, mayor que la anterior, y Tuk vio el rostro del «punio» sonrojarse intensamente. Y vio también su entrecejo fruncirse y moverse inquietos sus músculos, que la labranza había dado una potencia extraordinaria.

—Deseo a Onika, gran Lak.

Sin poderlo evitar, Tuk descorrió el telón que cubría su tercera

potencia, enfocando la mente de Lak.

Y lo que leyó en ella era, sencillamente, lo que esperaba ver.

«¡Repugnante gusano! No sé por qué, pero me estaba temiendo que eligieses a Onika… ¿No sabes, perro, que esa deliciosa muchacha, la más hermosa de todos los Valles Azules, no puede ser de nadie más que mía? Me has hecho caer en la misma trampa que yo te tendía, pero de nada te servirá. Mis poderes son capaces de mucho y voy a darte a Onika, pero ni siguiera llegarás al lugar donde se encuentra. Utilizaré todo mi poder mental y crearé en tu primitivo y vulgar cerebro ideas de locura, que harán que te encierren, con otros muchos, en el Desfiladero de la Muerte…».

Tuk se estremeció de horror y corrió el telón, dejando libre su primera potencia.

—Así que te has enamorado de Onika, ¿verdad?

—Eso es, poderoso Lak.

—¡Veo que tienes un gusto excelente, pillastre!

Hubo risas en las graderías.

—Onika. —Siguió diciendo Lak— es la más preciada de las joyas de los Valles Azules. Ningún otro «punio» se atrevería a solicitar la mano de tan maravillosa criatura, sin ser inmediatamente expulsado de esta reunión. Pero tú, Sinuk, has llegado donde ninguno de los tuyos llegó jamás. Tus tierras y tus ganados se extienden en una dimensión formidable…

Sinuk estaba en la gloria.

—… tus minas producen más que las de muchos clanes juntos y los minerales preciosos que de ellas salen son más que necesarios para nuestras astronaves, las que permiten a los sabios «emios» moverse libremente en el espacio, hasta más allá del Planeta Rojo.

Hubo una corta pausa.

—Sin embargo —dijo Lak, sonriendo alevosamente—, has de darte cuenta, Sinuk, de que has pedido algo tremendamente difícil y que debes pagar un alto precio por ello.

—¡Estoy dispuesto a hacerlo!

Sin darse cuenta, Tuk puso en marcha la tercera potencia.

En aquel momento, todos los «emios» instaban mentalmente a Lak para que pidiese mucho.

—¡No seas débil con ese necio! —le decía mentalmente Oruk, el jefe de los «elegidos»—. «¡Pídele un millón de “junos”!».

»Es el noventa por ciento de su fortuna —replicó Lak.

»¿Y qué importa?».

«¡Es que no estoy dispuesto a cederle Onika a ningún precio!».

«Eso ya lo sabemos Pero no es eso lo que cuenta para nosotros. Necesitamos minerales para proseguir nuestros viajes interplanetarios… ¡Puedes volverle loco, como has pensado; eso nos importa un bledo!».

«Eso es lo que haré; no dudadlo».

Otra vez la primera potencia.

—¿Así que estás dispuesto a pagar lo que se te pida?

—¡Sí!

—Está bien. Nosotros, los «emios», solicitamos un millón de «junos» por la mano de Onika.

Un rumor mental recorrió la asamblea.

—¡Un millón de «junos»!

Para todos ellos, incluso para el propio Sinuk, aquella suma era una colosal fortuna.

Pero Sinuk, al que todos miraban con admiración y expectación, no estaba dispuesto a ceder, aunque la entrega de aquella fabulosa cantidad le condenase a una tal miseria, que tendría, después de su matrimonio, que emigrar como simple trabajador a la zona terrible de las Minas Ecuatoriales.

—¡Acepto!

Tuk puso en marcha su tercera potencia.

«¿Te das cuenta, Lak, —decía uno de los "elegidos"— de la manera sencilla con que este imbécil ha caído en la trampa?».

«Está obsesionado con la muchacha».

«¿Y qué puede importarte eso? En cuanto se aleje de aquí, podrás Influir en su mente, desarrollando la locura más negra. Y antes de que haya llegado a los Valles Azules, en busca de Onika, no será más que un pobre demente que tendrán que encerrar en el Desfiladero…».

«Tienes razón».

Hubo una pausa y mientras Sinuk, lejos de toda verdad, saludaba a sus amigos, que le felicitaban cordialmente, Lak volvió a hablar.

«Onika debe ser mía, ya lo sabéis».

«Está bien, Lak —repuso el jefe de los "emios"—. Tú lo dices y,

si ella te ama, no veo ningún obstáculo para que os unáis».

«¡Ella me ama y me amará más que a nadie! ¿Quién puede resistir a los deseos de un “emio”?».

Loco de rabia, Tuk cerró violentamente su tercera potencia, concentrándose en la segunda, que constituía un poder telepático a distancia.

Su mente voló por encima de ciudades, pueblos, desiertos, mares, hasta los lejanísimos Valles Azules. Allí, ansiosamente buscó la mente, de Onika, penetrando en ella fácilmente.

Tuk y la joven se habían visto unas cuantas veces y él estaba completamente seguro de ser el único dueño del corazón de la muchacha. Así, al penetrar en la mente de Onika, descubrió que les sentimientos amorosos de ella estaban íntimamente ligados a su persona.

Aquello le llenó el corazón de dicha.

Todo lo que se decía en la reunión perdió interés para él. Los «punios», hundidos en su habitual ignorancia, rodeaban a Sinuk, como un héroe, golpeándole fuertemente en la espalda e instándole para que les invitase a tan extraordinaria boda.

Ninguno de ellos, tal era el grado de necedad que alcanzaban, preguntaba al «vencedor», tan estúpido como los demás, qué haría cuando hubiese pagado lo que Lak le había pedido y como se las arreglaría para llevar a la más bella muchacha de los Valles Azules a los desiertos tórridos donde se vería precisado a trabajar, como simple minero, para seguir viviendo.

Tuk sintió asco.

Pero, casi al mismo tiempo, experimentó una compasión ilimitada por toda aquella pobre gente que padecía la tiranía de los «emios» sólo porque éstos poseían un poder mental superior.

Le hubiese gustado poder levantarse contra aquellas gentes, acaudillar a los «punios» para proporcionarles el rango que como seres humanos merecían; pero sabía que tal pretensión era completamente imposible.

No podía luchar, a pesar de poseer las tres facultades, contra todos los «emios», que le vencerían fácilmente, agrupando sus poderes personales en una confabulación formidable.

Fue cuando «oyó» que le llamaban.

Lak seguía en la tribuna y fue él quien le recibió, con aquella

sonrisa de desprecio, aquella mueca hipócrita, que tanto odiaba Tuk.

Había cerrado cuidadosamente el campo de acción de la segunda y tercera potencias, simulando el mismo estado de sencilla limitación mental que los demás.

¡Lo que hubiese pasado si Lak hubiera sabido que tenía ante sí a un verdadero «emio», quizá mucho más potente que él!

—¡Hola, Tuk! —de saludó el otro.

—Hola, Lak —dijo Tuk.

—¿No crees que ya es hora que contraigas matrimonio? Eres fuerte, joven, has conseguido una hacienda bastante importante. Y, aunque no siendo tan afortunado como Sinuk, puedes pagar doscientos mil «junos» por una bella esposa.

—No deseo casarme aún.

—¿Y quién eres tú Para saberlo? Sólo nosotros, los «emios», podemos saber lo que conviene o no a un «punio». Debes casarte, Tuk. Eso te dice Lak, y debes obedecer.

—No he elegido mujer aún.

—¿Y eso qué importa? Yo lo haré por ti. Y no irás a dudar de la inteligencia de Lak, que supera a la tuya en dos facultades. ¿Verdad que no dudarás de mí?

Tuk estuvo a punto de decir algo fuerte, pero se abstuvo, demostrando una juiciosa prudencia.

Sintió que la mente del otro, utilizando todas sus potencias, penetraba en la suya y Tuk tuvo que apretar los puños, esforzándose desesperadamente para mantener cerradas sus otras dos facultades.

—No pareces muy contento y creo que estás nervioso —sonrió —. No te preocupes, Tuk. Ya tengo una hermosa mujer para ti. ¿Qué te parece Okresa?

—¿Qué Okresa?

—La joven de los Ok, en el Valle Azul número uno. ¿No la conoces?

—No.

—Es hermosa como la mañana. Tiene el pelo azulado como algunas estrellas y unos ojos rosados como los vapores que surgen de las fuentes termales. Fuerte como un roble, será una buena compañera para un hombre que tendrá que pagar quinientos mil «junos» por ella.

—Antes dijiste menos…

—Eso no debe preocuparte, Tuk. Eres joven y fuerte, tus propiedades están clasificadas entre las de primera clase y tus dos minas de uranio anuncian una productividad excelente. Pagarás y serás completamente feliz; te lo aseguro.

CAPÍTULO II



espués de haber firmado la entrega del dinero que los «emios» le exigieron, Tuk marchó con los otros «punios» hacia sus lejanas tierras, para preparar allí la caravana nupcial, en la que se dirigirían a los Valles Azules para ir a buscar las esposas que los «elegidos» les habían concedido.

Desde hacía muchísimo tiempo, desde que los «emios» se habían reunido para explotar al resto de los jovianos, una verdadera organización, perfectamente estudiada, había montado toda la truculenta comedia sobre la que se asentaba el poder de los «emios».

Tuk se había percatado, hacía muchísimo tiempo, desde que pudo enterarse de las verdaderas intenciones de los «elegidos», gracias a la tercera facultad, de que todo el sistema vital de Júpiter había sido cambiado en provecho de aquellos granujas.

Desdichadamente, el pasado se había borrado casi por completo y los pocos documentos que existían antes y después del Siglo

Negro, estaban en poder de los usurpadores. Pero era fácil deducir de lo que existía ahora, que el pasado del planeta no había sido ni remotamente parecido.

Rumores cuchicheados por los más viejos, leyendas que aún se contaban en los hogares de los ancianos, hablaban de una vida mejor, cuando todos los jovianos, después y antes del Siglo Negro, habitaban en los Valles Azules, en lo que, en el tiempo presente, no podían permanecer más que las jóvenes vírgenes.

Tropas de los «emios», desdichados «punios» sometidos a la acción mental de los otros, guardaban celosamente las siete entradas de los Valles Azules, donde eran llevadas, por la fuerza, todas las jóvenes que habían cumplido catorce años, naciesen donde nacieran.

Y no era que estuviesen mal cuidadas en aquella paradisíaca región. Los «emios» habían organizado los Valles Azules de una manera fantástica y las muchachas gozaban de toda clase de comodidades y diversiones, hasta que, previo pago de la cantidad fijada, eran sacadas de allí por algún «punio» a los que los «elegidos» habían decidido casar.

Tuk conocía los resortes de aquella inhumana tiranía, pero no podía hacer nada contra ella. Si se hubiese solamente atrevido a decir a sus compañeros de esclavitud todo lo que sabía sobre los otros y les hubiese aclarado sus verdaderos planes, le hubieran quemado vivo, tomándole por el más loco de los hombres.

Habían pasado siglos y siglos desde que los «emios» se unieron, para vivir a costa de los otros.

Y era, más que difícil, imposible borrar de las mentes abotargadas de los esclavos las ideas que habían sido conservadas en aquellos cerebros primitivos, que se habían transmitido de padres a hijos y que parecían, evidentemente, impuestas por el propio destino del planeta.

Cuando llegó a sus propiedades y fue recibido con un júbilo extremo, por los que trabajaban a sus órdenes, Tuk se sintió más, desdichado de lo que se había creído hasta entonces.

Por eso, eludiendo toda manifestación de gozo, se refugió en sus habitaciones, pensando oscuramente en el camino que había de tomar, ya que la decisión del Consejo, al obligarle a tomar esposa, le alejaba definitivamente de Onika.

Las leyes imponían, desde siempre, una monogamia estricta y sólo podía volverse a los Valles Azules, en busca de mujer, cuando la anterior había muerto.

Tuk estaba completamente seguro de que todo iba a derrumbarse para él y que sus más queridas ilusiones estaban condenadas a desaparecer rápidamente y para siempre.

Su vieja madre vino a verle, penetrando en la habitación donde el joven estaba, sentado en una de las sillas, junto a la ventana, a través de la que se veía un trozo de campo labrado.

—¿Qué te ocurre, hijo mío? ¿Estás enfermo?

Él miró a su madre con ternura.

—Nada, madre. Estoy perfectamente bien.

—¿Cómo quieres que te crea, hijo? Me han dicho que ya has obtenido el permiso para ir a los Valles Azules y nunca vi un hombre que no estuviese loco de contento ante una tan buena nueva.

Tuk no contestó.

—Además —siguió diciendo la anciana—, me han dicho, que te dan una esposa bella. Y voy a decirte que el nombre me suena algo, ya que su madre estaba conmigo cuando tu padre fue a buscarme a los Valles Azules. Se llama Okresa, ¿verdad?

—Sí.

—Pues no debes preocuparte, hijo. Su madre, a la que recuerdo muy bien, era hermosa como la luz del día… ¡Pagaron trescientos mil «junos» por ella!

Tuk siguió en silencio; pero su corazón sangraba.

¡Cuánto le hubiese gustado poder decir a su madre lo que bullía en su mente, detrás del muro de defensa donde él podía esconder sus pensamientos íntimos!

Le hubiese dicho:

»¿Y cuánto pagaron por ti, madre mía? Si mal no recuerdo, no llegó a sesenta mil "junos"; ¿por qué? Tú tenías, desde pequeña, un corazón de oro y por salvar a una compañera, quizá fuese la misma madre de Okresa, perdiste una mano…

»Fue en los Valles Azules, cuando aquélla locuela se fue a bañar al Lago de las Dos Montañas, un lugar prohibido, porque sus aguas están infestadas de saurios. Tú la acompañabas, de paseo, sin saber lo que ella se proponía hacer…

»Después, la catástrofe se precipitó sobre ti, y cuando viste que los saurios iban a devorar a tu imprudente amiga, te lanzaste al agua y la sacaste, desvanecida. Pero los saurios se habían quedado con tu mano izquierda.

»Tú eras hermosa, madre mía. Mucho más hermosa que Okresa y que su madre. He visto los retratos que había en el salón, antes de que padre muriese y que tú debes haber escondido en algún lugar oculto, como si no deseases que nadie, que no fuese él, al que amaste locamente, pueda contemplar aquella belleza tuya de entonces.

»Eras tan bella, madre mía, que jamás hubieras pertenecido a mi padre, de no haber sido por aquel saurio que, al llevarse tu mano, rebajó tu valor hasta hacerte algo que se podía pagar con sólo sesenta mil "junos"…

»Pero tú, madre mía., no sabes nada y estás profundamente contenta con todo, de todo… Tú no conoces la hipocresía y la maldad de los "emios", ni sabes que todas las leyes fueron inventadas por ellos, para su absoluto y egoísta provecho.

»Tú, madre mía, ignoras que tu hijo, quizá por tu culpa, ha heredado el poder de los "elegidos" y posee las tres facultades. Sí, madre, además de la vuestra, la primera, que no es más que el lenguaje telepático, tu hijo Tuk posee la segunda, la telepatía a distancia, que le permite ponerse en comunicación con cualquier habitante del planeta. Y, además, la tercera, madre mía, la facultad que permite ahondar en lo más íntimo de la mente, descubriendo el juego escondido de las intenciones, de los deseos, hasta poder examinar el alma desnuda…

»¿Qué me dirías tú, madre, si yo te dijese todo esto? No es difícil saberlo…

»Correrías a decir a todo el mundo que tu hijo, tu amado hijo Tuk, ha perdido la razón y que, aunque te desgarrara el corazón el dolor, tendrás que llamar a los emisarios de los sabios, justos y ecuánimes "emios" para que encierren al hijo de tus entrañas en el desolado Desfiladero…

»Por eso, madre mía, no entiendes mi tristeza, mi desconsuelo ni mi desesperación. Por eso estoy ante ti, sin saber qué decir ni qué hacer, sólo con mis pensamientos, dándome cuenta de que la desgracia se dispone a abatirse sobre mí…

Ella se había acercado a él y respetando su silencio, le acarició con su única mano los cabellos.

—Debes decirme lo que pasa, hijo mío.

Tuk logró, de un manotazo mental, arrojar su tristeza lejos de sí. La que había en los azules ojos de su madre era como una luz tremenda que se clavase hondamente en el pecho.

—¡No tengo nada Me sentía un poco cansado; eso es todo…! ¡Vamos a ver a los amigos y prepararemos la fiesta que debe hacer todo hombre que tiene la gran dicha de ir a los Valles Azules!

* * *

La caravana, con vehículos de diverso tipo, se había detenido, después de tres días de interminable marcha, a la entrada principal de los Valles Azules.

Un edificio de dos pisos, donde se albergaba parte de la guardia que vigilaba aquella entrada, la cerraba por completo, ya que el estrecho valle estaba totalmente ocupado por la casa, que más parecía un muro de contención que otra cosa.

Un empleado de los «emios» recibió a los hombres que iban a contraer matrimonio, haciéndolos entrar en una especie de salón, donde, antes que nada, les pidió el importe de los «junos» que habían de pagar por sus respectivas esposas.

Casi todos, incapaces de llevar con ellos tan cuantiosas cantidades, entregaron lo que llevaban en moneda, señalando después, a través de los ventanales del salón, las cargas de mineral que habían traído para completar la primera parte del pago, ya que la mayoría de ellos se verían obligados a firmar documentos que harían que sus propiedades quedaran, en cierto modo, hipotecadas.

Otros, Sinuk entre ellos, entregó la escritura de la totalidad de sus propiedades, que irían a las manos de otros hombres que, protegidos por los «emios», no tardarían en convertirse en nuevas víctimas.

—Tendrás que esperar —le dijo el empleado a Sinuk—. Onika se encuentra indispuesta. Pero puedes quedarte con nosotros el tiempo que quieras. Te hemos preparado una habitación.

Sinuk preguntó inquieto:

—¿Está enferma?

—No es muy grave.

—Yo tampoco me encuentro bien —dijo el «punio»—. Hace días que me duele terriblemente la cabeza.

Tuk se estremeció.

Había olvidado, con el trajín de los preparativos y la algazara de las fiestas, la siniestra amenaza de Lak que, por lo que acababa de oír a aquel desgraciado, ya había empezado a surtir efecto.

Primero, los dolores de cabeza.

Más tarde, cuando aquella mente sencilla estuviese preparada, ideas extrañas, alucinantes imágenes poblarían sus sueños para invadir, finalmente, sus horas de vigilia, trastornándolo por completo.

El muy canalla.

Por eso lo hacían esperar allí.

Retirándose a un rincón, Tuk descorrió el telón de su segunda potencia, penetrando, casi de inmediato, en la mente de Onika. La joven, como lo había supuesto, estaba perfectamente y ningún mal la aquejaba.

Pero, después de todo, tampoco le interesaba que Onika fuese la esposa de Sinuk, ya que no lo hubiese podido soportar, y sin llegar a la extrema crueldad de Lak, al enloquecer traidoramente a su rival, le hubiese retado y hubiera luchado en campo abierto por la muchacha, aun exponiéndose a un duro castigo, ya que no se podía, en modo alguno, despreciar las decisiones de los «emios».

—¡Tuk!

Le llamaban y pagó la cantidad pedida, sin necesidad de hipotecar sus propiedades.

—Eres un hombre rico —dijo el funcionario.

—Esto es todo lo que tengo.

El funcionario sonrió despectivamente.

—Espera un poco. Tu prometida vendrá enseguida.

Así ocurrió.

Poco después, Okresa, acompañada por otros empleados, entró en el salón, que en aquel momento estaba yació, excepto la presencia de Tuk, ya que los demás habían sido atendidos y Sinuk conducido a su habitación, donde le esperaba solamente la locura.

Okresa era una deliciosa muchacha y sus ojos brillaron de admiración al ver a Tuk que, en realidad, era un joven alto, fornido

y bien parecido. Evidentemente, la muchacha se alegró de la suerte que había tenido.

Él la miró detenidamente.

De no haber estado enamorado de Onika, a la que había visto, a escondidas, en lo hondo de los Valles Azules, burlando la peligrosa vigilancia que imponían los «emios», aquella muchacha hubiese sido la elegida de su corazón.

Era alta, esbelta, con unos cabellos azulados y unos ojos verdosos, en el fondo de sus largas pestañas.

—¡Hola! —saludó ella.

—¡Hola! —dijo él, cogiéndola de la mano.

Y salieron, sin decirse nada más.

Ella le miraba de reojo, esperando leer en aquel rostro una muestra de la felicidad que invadía su propio corazón.

Una vez fuera, Tuk la condujo hacia los vehículos que formaban parte de su caravana.

—Ahí tienes tu coche —dijo—. He traído servidoras, ancianas para que se pongan a tus órdenes. La ley prohíbe que te vea hasta que lleguemos a mis tierras.

Ella le sonrió, íntimamente feliz.

La noche se les echó encima y Tuk pensó que sería mejor esperar al día para proseguir el camino hacia sus tierras; pero, en realidad, lo que deseaba era quedarse allí, porque temía por la mujer amada y estaba dispuesto a jugarse el todo por el todo.

Dormían en el campamento cuando él salió del coche. La noche era espléndida y cuatro de los doce satélites jovianos eran perfectamente visibles. Tuk levantó la cabeza hacia el cielo estrellado, preguntándose hasta dónde habrían llegado las astronaves de los «emios», únicos que podían gozar del inefable placer de vagar por los espacios infinitos.

¡Cuánto le gustaría a él poseer, en aquel momento, una de las astronaves y poder huir del planeta en compañía de Onika!

Maldijo, el poderío de aquellos tiranos y, sin darse cuenta abrió su segunda potencia, entrando inmediatamente en comunicación con Onika.

Sintió perfectamente el sobresalto de la muchacha, al sentir su mente invadida por una presencia extraña.

—¿Quién es? —inquirió.

La «vos mental» de Tuk se hizo infinitamente dulce.

—Soy yo, Tuk.

El sobresalto de ella no hizo más que aumentar.

—¿Cómo? ¡Es imposible! ¿Quién miente de esa manera? Tuk no es más que un «punio», y el que me había posee la facultad de los «emios»… ¿Quién es?

Tuk se dio cuenta del error que había cometido. Hasta entonces se había limitado a entrar en el cerebro de la muchacha, «mirando» el curso de sus sentimientos; pero jamás, hasta ahora, deseó comunicarse con ella.

De todas formas, ya era demasiado tarde para echarse atrás.

—Soy yo, querida, Tuk… No protestes, por favor… Ha llegado la hora de decirte que poseo las otras facultades, como te lo estoy demostrando ahora mismo.

—Entonces… ¿eres un «emio»?

—No lo sé a ciencia cierta, querida. Sólo sé que poseo, desde muy niño, estos poderes que he heredado de alguien. Hasta ahora, guardé celosamente el secreto; pero hoy, en que los «emios» me han obligado a escoger una esposa, quería hablarte, y no he podido evitar la tentación.

—¿Dónde estás?

—Ante la entrada número siete del Valle Azul, donde tú estás.

—¿Quién va a ser tu esposa?

—Qkresa.

—No la conozco; pero es igual… El dolor que siento en estos momentos, no depende de la personalidad de la mujer que te ha sido otorgada, sino de lo profundo de mi amor.

—¡Onika!

Había algo de desgarrador en la «voz mental» de Tuk.

—Hemos soñado demasiado —dijo ella.

—¿Tú crees?

—Sí, amor mío; pero no lograrán sus propósitos. Aunque invadan mis sueños, como suelen hacerlo desde hace cierto tiempo.

—¿Invaden tus sueños? ¿Quién?

—No lo sé, con toda seguridad; pero me han sorprendido ciertos recuerdos, en los que me he visto, al lado de un cortejo de jóvenes vírgenes, vistiendo la túnica azul…

—¡Pero eso significa que, te estabas preparando para ser la

esposa de un «emio»!

—Así es…

—¡Canalla!

—¿De quién hablas, amor mío?

—Del culpable de todos esos sueños tuyos. Está minando tu mente, despertando deseos y ambiciones que nunca tuviste…

—¿Quién es, Tuk?

—¡Lak, el maldito!

—Le odio, amor mío.

—Y yo más que tú. Si dando mi propia vida pudiera librarte de él…

—¿No lo puedes? Me estás demostrando poseer las facultades… ¿y temes a un «emio», tú que eres como ellos?

—No es eso, querida. Yo no temo a nadie, y lucharé hasta la muerte por ti; pero todos los «emios», al conocer mis poderes y mi manera de pensar hacia ellos, cuando sepan que los desprecio, que me he dado cuenta del engaño de sus enseñanzas, cuando se percaten de que jamás sería uno de ellos, me perseguirán y me matarán…

—¡No los desafíes entonces, bien mío! No deseo que te ocurra nada malo…

—¿Y tú, Onika?

—Lucharé cuanto pueda y, si la suerte me abandona, me mataré antes de vestir la túnica azul.

Tuk no dijo nada, pero pensó en lo inútil que sería la resistencia de aquella maravillosa muchacha.

¿Qué podía una «punía» contra uno de ellos?

Iría poblando su mente de ideas de grandeza, pondría en su espíritu el veneno de una ambición desmedida. Y ella, que ahora era sencilla y buena, empezaría mirando con desprecio a sus compañeras del Valle Azul, las miraría por encima del hombro y se separaría, poco a poco, de ellas, segura de que iba a alcanzar la mayor dignidad posible para una joven.

¡Vestir la túnica azul!

Cuántas hubiesen dado todo lo que poseían por poder hacerlo.

—¿Sigues escuchándome, Tuk?

—Sí, amor mío.

—¿Por qué has guardado un tan largo silencio?

—Estaba pensando.
—¿En qué?
—En, nosotros.
—¿Podrás hacer algo para sacarme de aquí?
—Lo intentaré todo. Lucharé hasta vencer o caer, ya lo sabes.
—Ten mucho cuidado, Tuk.
Fue en aquel momento cuando, sirviendo de espejo, la mente de la muchacha fue inutilizada por otra MENTE, que intentó penetrar en la del joven.
—¿Quién eres tú, que te atreves a utilizar una facultad que no te pertenece?
Tuk conoció inmediatamente la «voz mental» de Lak.
Y no pudo contenerse.
—¡Soy yo, Tuk! ¡Tuk, que posee, una facultad que debía estar en poder de todos los jovianos buenos! ¿Crees que no he descubierto vuestro maldito juego, repugnantes tiranos? Me he metido en vuestras mentes muchas veces y he escuchado vuestras, repugnantes conversaciones…
No pudo seguir.
La «voz mental» de Lak irradió hacia cien sitios distintos. Y Tuk, ganado por un inesperado terror, «oyó» que aquel cobarde llamaba a todos los «emios», dando la voz de alarma y diciéndoles que un «punio» poseía las tres facultades, cosa que no podían consentir en modo alguno.
Volvió su mente hacia Onika.
—¡Adiós, amor mío, hasta siempre o hasta nunca!

CAPÍTULO III

ióse cuenta Tuk de que no tenía más camino que la huida.

Si se quedaba allí, las órdenes de los «emios» llegarían a los cobardes guardianes del Valle Azul y no tardaría en ser atrapado de la manera más estúpida.

Saltó ágilmente sobre uno de los vehículos, el suyo propio, lo puso en marcha y corrió hacia la negrura del camino.

¡Qué necio había sido!

En vez de guardar en secreto su poder, como lo había hecho hasta entonces, se había descubierto, perdiendo definitivamente y para siempre a la mujer que amaba con toda la noble fuerza de su alma.

Mientras se alejaba velozmente, repasó las posibilidades de salvarse que podían ofrecérsele y que, sinceramente consideradas, en contacto con la realidad, eran muy pocas, casi nulas.

Durante la primera media noche de camino, no pensó más que

en lo que acababa de ocurrirle y en las medidas que sus enemigos tomarían para atraparle. Después, cuando se serenó un poco, estudió fríamente la forma de escapar, decidiéndose, por último por el amplio desierto del sur, zona inhóspita y de una extensión fantástica, donde, con un poco de suerte, podría ocultarse.

Pero… ¿qué vida le esperaba, aunque lograse escapar de la minuciosa búsqueda de los «emios»?

¡Ah, si hubiese podido tener el tiempo suficiente para intentar, al menos, demostrar a los engañados «punios» la tiranía absurda bajo la que creían ser felices!

Pero aquello era como un hermoso sueño: completamente irrealizable.

No tardó mucho tiempo en hallar el camino que le llevaba al desierto, y lo tomó, sin disminuir la velocidad del vehículo, penetrando poco después sobre la rojiza piedra que formaba una gran parte del planeta.

Un viento silbante y cálido le anunció la entrada en aquel mundo en el que muy pocos se habían atrevido a penetrar, ya que aquélla, zona inhóspita no reservaba más que desagradables sorpresas.

Los pozos de gases venenosos abundaban por doquier y las fuentes de aguas hirvientes tampoco eran escasas, Se debía principalmente a estas últimas aquel viento cálido que, en ciertas ocasiones, se convertía en un simún asfixiante, en el que la arena hubiera sido permutada en denso vapor.

Pero en aquellos momentos Tuk no pensaba más que en huir. Y, por otra parte, el joven joviano no había sentido jamás el miedo a lo físico, ya que estaba acostumbrado a soportar todos los rigores de los climas, variados que, en sus peregrinaciones y trabajos, había conocido sobre el planeta.

Volvió a lanzar una mirada a las estrellas.

Y de nuevo, quizá con más fuerza que antes, sintió envidia por los que habían hecho fabricar astronaves para salir de allí y recorrer la negrura de los espacios, rumbo a otros mundos donde, forzosamente, la maldad no debía reinar como en Júpiter.

Marchó durante toda la noche, sin aflojar la velocidad de su vehículo, cuyas «cintas-oruga» dejaban unas amplias huellas en su pos.

Al amanecer, cuando las estrellas palidecieron en el cielo y el lejano y débil sol pintó de raros colores naranja la superficie del desierto, el joven detuvo el vehículo y saltó a tierra, respirando con ansia aquel aire que, cargado de vapor de agua, le traía el viento.

El desierto le rodeaba por doquier.

Y, al darse cuenta de la soledad que tenía alrededor, no pudo por menos de sonreír tristemente, sintiendo una identidad de situación en el plano mental.

Así había estado él siempre: solo, separado de los demás por las formidables barreras de las potencias, distante de las tranquilas mentes de sus amigos y, al mismo tiempo, separado por un infranqueable abismo de los orgullosos «emios», a los que nunca hubiese podido decir la verdad, ya que ellos, al sondearle mentalmente, hubieran descubierto, con una extraordinaria facilidad, el odio que sentía por todo su repugnante sistema de mando.

Era un solitario, y el destino, cualquiera que fuese la situación en que se encontrase, le reservaba siempre la misma soledad, el mismo aislamiento e idéntica tristeza.

Comió un poco, prosiguiendo inmediatamente su viaje.

El desierto le demostró su infinita monotonía. Solo, de vez en cuando, el aumento de la densidad del vapor de agua que le traía el aire, le hacía variar de rumbo, alejándose de las pestilentes fuentes y de los deletéreos manantiales sulfurosos, cuya proximidad le hubiera causado serios trastornos.

Pensó, aunque muy poco, en la sorpresa de Okresa al despertarse y no encontrarle; peros para la muchacha, una vez pagado el «rescate» que habían Impuesto, la huida de él era como la misma muerte, significando que Okresa quedaría completamente libre y dueña de todo lo que su ausente prometido poseyese.

Así, bruscamente rica, podría elegir ella misma un marido que le conviniese más que aquel exilado sobre el que iba a planear, desde aquel preciso instante, todo el espíritu vengativo de los poderosos «emios».

Tuk se negaba a sí mismo la ocasión de pensar en «ellos». Quería evitarlo a toda costa, consciente del peligro que resultaría, ya que, si en alguna ocasión y mientras pensaba en los «emios», abría una de las puertas a alguna de las otras facultades, la comunicación con

ellos sería inmediata y así podrían localizarle rápidamente.

Aunque tampoco se hacía ilusiones de que no lo lograsen.

Todo el día corrió y corrió, sin concederse el menor descanso, adentrándose más y más en el desierto, cuya monotonía empezaba a causarle cierta impresión.

Recordó, sin saber exactamente por qué, todas las leyendas que había oído sobre el desierto, y no pudo dejar de fruncir el entrecejo cuando la imagen de los «akantos» apareció en su mente, como una idea ligada a estremecimientos de horror cuando, de niño, sus abuelos le relataban cosas del desierto.

Los «akantos» eran, indudablemente, producto de la imaginación popular, ya que —ahora lo pensaba así— no habían sido vistos jamás y sólo se les conocía por los fantásticos relatos que los viejos hacían al calor de las lumbres, en los largos inviernos del planeta.

Recordaba perfectamente la descripción que sus mayores habían hecho de aquellos seres malignos, con cuerpo de mujer y cabeza de águila, cuya presencia explotaban, diciendo que eran los espíritus de los deseos de los hombres, a los que su demencia había llevado al Desfiladero.

¡Al Desfiladero!

¿Cuántos desdichados habrían ido a parar a aquel alucinante lugar, por culpa de la desmedida ambición de los «emios»?

Igual que iba a sucederle al pobre Sinuk, otros muchos habrían ya pagado con la locura la maldad de los tiranos, dispuestos siempre a eliminar todos los obstáculos que se les pusieron en su camino.

Una extraña depresión empezó a apoderarse ladinamente de su espíritu.

¿Quién eres tú, Tuk, miserable gusano, para rebelarte así contra el orden impuesto?

Intentaba protestar contra sus propias ideas; pero el juicio de su conciencia iba imponiéndose cada vea con mayor fuerza.

¿Qué esperas, conseguir huyendo, miserable? Vayas donde vayas, aunque te alojases bajo las rojizas piedras del desierto, la Ley te encontraría y castigaría tus absurdas pretensiones.

¿Qué eres sino un miserable «punio», al que la más absurda de las casualidades ha dado unos pocos poderes, que ni mereces ni eres digno de tener?

—¡¡SOY TUK!! —gritó, mentalmente, con una desesperación desgarradora.

—¡Soy Tuk! —repitió el potente motor del vehículo.

—¡SOY TUK! —dijeron las piedras rojizas del desierto.

—¡¡SOY TUK!! —copió el eco del aire caliente que traía el vapor venenoso de los manantiales de metano.

—¡¡¡SOOOYYY TUUUK!!! —pareció decir todo, con un vozarrón mental, que se incrustó, profunda y dolorosamente, en su cerebro.

Y una carcajada horrísona cubrió todos aquellos «ruidos»; una carcajada que Tuk descubrió en su propia garganta; pero, que siendo muda, resonó solamente en su cerebro, haciéndolo temblar hasta las zonas más íntimas, como un salvaje estremecimiento que brotase de lo más hondo de ser.

—¡Espera, Tuk!

Freno brutalmente, pero no se movió del asiento.

¿Quita le había llamado?

La «voz» le era ligeramente conocida, aunque, en realidad, analizándola con cuidado, descubrió en ella una mezcla confusa de «sonidos», como si hubiese brotado de la mente de muchos al mismo tiempo.

—¡Espera!

¡Ahora sí que había reconocido la «voz» tierna de su madre!

Bajó prestamente del vehículo y se volvió hacia atrás.

No se había equivocado.

Su madre estaba allí, avanzando penosamente sobre la rojiza superficie del desierto, con la frente perlada de sudor y una respiración silbante, provocada por la fatiga.

—¡Madre mía!

Ella le sonrió, demostrándole que no le guardaba ningún rencor.

—¡Hola, Tuk!

Y después de besarlo en la frente, se sentó junto a él, a la sombra del coche.

—¿Por qué has venido, madre mía?

Ella le miró tristemente.

—¿Era necesario, Tuk?, era necesario. ¿Por qué huyes así, hijo mío?

—Debo hacerlo, madre. Ellos no me perdonarán. Saben ya que poseo las tres facultades y que no les aprecio.

El rostro arrugado de la anciana se modificó y una sonrisa entreabrió ligeramente los labios.

—¡Claro que lo saben, hijo mío! Pero no te desean ningún mal.

—¿Cómo puedes decir eso, madre mía? ¿Por qué intentas engañarme?

—¿Me crees capaz de hacerlo?

Y su rostro se ensombreció profundamente.

—No, madre. Tú no me engañarías jamás. Perdona.

—No tengo que perdonarte nada, Tuk. Sé que estás ofuscado y comprendo tu estado de ánimo; pero no debes temer nada, te lo aseguro.

¡Si supieras cuánto me gustaría creerte, madre mía! Empiezo a estar cansado de mi terrible soledad.

—Lo comprendo; por eso has de creerme.

—¿Cómo, madre, cómo?

—Muy fácilmente… ¡Mira quién llega ahora!

Levantó él la cabeza, mirando hacia el lugar por el que había aparecido su madre.

—¡Onika!

La joven avanzaba hacia él, sonriente, vistiendo una túnica blanca, signo de casamiento con un «punio».

—¡Onika!

Se había levantado y corrió hacia ella, abrazándola con toda su fuerza y sintiéndose tremendamente feliz.

—¡Amada mía!

Ella le cogió de la mano, llevándole a donde estaba la madre. Y se sentaron juntos, sonrientes, felices, inmensamente dichosos.

—¿Te han dejado venir? —inquirió él.

—Ya lo ves. Tu madre tenía razón cuando te decía que todo estaba olvidado.

—¿Qué haremos entonces?

—Destruir este vehículo. Regresaremos juntos, de la mano, por el mismo camino por el que hemos venido nosotras.

Una feroz alegría, sin límites, se apoderó de él.

—¡Voy a quemar el vehículo!

Y después de rogarles que se separaran, prendió luego al «oruga», contemplando cómo ardía y sintiendo que había ganado, en aquellos momentos, una maravillosa batalla, la más hermosa de

su vida.

—¡Ya no existe! —dijo, con una sonrisa en los labios, volviéndose hacia las dos mujeres.

Pero la sangre se le heló en las venas.

¡ALLÍ NO HABÍA NADIE!

* * *

Se había sentado en el suelo y permaneció allí, no lejos del lugar donde quedaban, los restos retorcidos de lo que había sido su vehículo.

—Son muy poderosos —se dijo.

Y, quizá sin quererlo, descorrió el telón de la segunda facultad.

—¡Claro que somos poderosos! —era la «voz» odiada de Lak—. ¿Te has dado cuenta de ello, Tuk?

—Sí, ya me he dado cuenta.

Hubo un largo silencio; después, Lak dijo:

—Ya ves que podemos vencerte y no es porque tus poderes no sean fuertes, sino porque somos muchos los que actuamos sobre ti. La suma de nuestras mentes es invencible, por eso, necio, dominamos y dominaremos siempre a los «punios».

—Ya lo sé.

Otra pausa.

—¿Qué piensas hacer? —inquirió Lak.

Tuk se encogió de hombros, pero no dijo nada.

—«Debes aceptar el castigo que te impondremos. Tampoco podemos estar pendientes de ti, ya que tenemos otras cosas que hacer… ¿entiendes?».

—Sí.

—Hemos analizado profundamente todos tus deseos, y como nos es imposible matarte, porque no podemos sentar el precedente de aniquilar facultades, como las que posees, sólo hay un medio bueno para todos.

—¿Cuál?

—Que te vayas muy lejos. Sabemos que te agradaría escapar de Júpiter, ir a otros mundos, ¿no es así?

Un poco de alegría latió en el pecho de Tuk.

—¡Sí que me gustarla!

—Por eso hemos pensado mandarte lejos.

—¿Dónde?

Llegó hasta él el producto de una «risa mental» de su invisible interlocutor.

—Eso no te importa.

El espíritu rebelde del joven saltó, como un resorte.

—¡Entonces no iré a parte alguna!

—Ya me avisarás si cambias de manera de pensar.

Y volvió a quedarse completamente solo.

Las horas pasaron con una lentitud extraordinaria.

El hambre mordió su carne y se dio cuenta entonces de que, al quemar locamente el vehículo, había acabado con las provisiones de reserva que en él llevaba.

—¡Estoy a su merced! —se dijo.

Sin embargo, su rebeldía se impuso y se encontró dispuesto a morirse de hambre, antes de obedecer ciegamente a su destierro que se le imponía por la fuerza.

—Son capaces —pensó— de enviarme a un mundo más desierto que éste. Y antes de volver a estar solo, me mataré, ya que parecen temer que mis potencias mueran en Júpiter.

El atardecer se le echó encima.

Fue entonces, cuando el sol empezaba a declinar, allá lejos, tan débil como siempre, que comenzó a VERLAS.

Volaban a ras de tierra y sus esbeltos cuerpos despertaron en él una admiración sin límite. No obstante, cuando contempló sus rostros de ave, con sus pequeños ojos inyectados en sangre y su pico acerado, no pudo por menos de estremecerse.

¡Los «akantos»!

Allí estaban, reales y precisos, demostrando que no se trataba de una leyenda, sino de una realidad palpable.

Sus gritos le penetraban intensamente en el cerebro.

Eran gritos mentales, pero muchísimo más dolorosos que los que hubiese sido capaz de emitir ninguna criatura viviente.

Volaban en círculos cada vez más cerrado, acercándose a él, insensible y lentamente.

Hasta que una de ellas se decidió.

Poniéndose en pie y ocultando su rostro bajo sus alas negras, se fue aproximando, hasta detenerse ante él.

—¿Soy bella? —la oyó decir.

Una sensación indefinible que jamás había sentido se apoderó de él.

Mucho más fuerte que su voluntad, aquella sensación le dominó hasta lo increíble. Y sin saber cómo, repuso:

—¡Eres la más bella de todas!

Entonces, las alas bajaron y el rostro picado se lanzó hacia adelante, clavando su acerada punta en el pecho de Tuk.

El dolor le hizo dar un salto.

—¡Fuera! ¡Fuera!

Pero las otras acudían y los picotazos se multiplicaron rápidamente.

Tuk se dio cuenta de que estaba irremisiblemente perdido.

Aquellas malvadas no le matarían, pero le al arrancarían la carne por pequeños trozos, haciéndole sufrir, día y noche, de una manera que ningún ser podría resistir.

Hasta que se volviese loco.

¡Eso era lo que deseaban sus enemigos!

Loco, iría a parar al Desfiladero y ya no les molestaría más.

El dolor se hacía indescriptible, como si le vertiesen cucharadas de ácido en la sangre.

—¡Basta!

Descorrió su mente, poniendo en marcha la segunda potencia.

—¿Tienes bastante?

Era la «voz» de Lak.

—¡Basta! ¡Basta!

Los «akantos» desaparecieron tan misteriosamente como habían llegado.

—Ahí tienes la astronave.

Tuk miró el pequeño aparato, de una sola plaza, que se levantaba a medio centenar de metros de él.

—¿Qué he de hacer? —inquirió, completamente vencido.

—Sube a él y toma el líquido de una botella azul que encontrarás al alcance de tu mano.

Tuk obedeció.

Y nada más beber aquel líquido, cayó en un profundo sueño.

Momentos más tarde, la astronave se elevaba hacia el espacio, dejando en su pos los anaranjados fuegos de sus toberas.

CAPÍTULO IV



e despertó Ogano aquella mañana un poco más cansado que las otras. El viejo buey giboso le había causado no pocos disgustos la noche anterior, empeñado en salirse del rebaño para ir, completamente solo, a beber en el lejano arroyo.

¿Se volverían todos los animales tan estúpidos como el viejo buey?

De esto, Ogano no dudaba mucho, ya que había visto a algunos viejos de la tribu hacer tonterías, que un niño de cinco años no haría jamás.

Él tenía diez.

Diez años, tantos como dedos tenía en las dos manos y tres veces menos que animales tenía a su cuidado.

Ogano recordó, con una franca sonrisa, mientras encendía él fuego para preparar su desayuno, al viejo misionero, única persona de una cierta edad, a la que el negrito no hubiese visto hacer cosas

tan raras como a los viejos de la tribu y al viejo buey, medio loco, que tanto trabajo le había dado durante la noche anterior.

¡El muy bobo!

¡Mira que querer ir solo, en plena noche, a beber al arroyo, infestado de bestias feroces!

Ogano volvió a sonreír.

El fuego chisporroteaba alegremente y el muchacho asó unos trozos de carne que, después de salar un poco, comió con un envidiable apetito. Luengo, echando tierra sobre las llamas, apagó el fuego y fue a desatar las patas del viejo buey, al que se había visto obligado a ligar para que se estuviese quieto.

—¡Viejo bobo! —le dijo cariñosamente, acariciando su giba medio pelada por los años.

Un poco más tarde, el muchacho lanzaba el «¡Ahú!» característico y el rebaño se ponía en marcha. Cabras esqueléticas se movían por entre las patas de los bueyes, y el concierto de sus prolongados «beéeees», mezclados con los sordos mugidos de los bueyes, pareció despertar el mundo adormecido de la pradera, haciendo sonreír nuevamente al muchacho.

Aquélla era su música, la voz de la naturaleza, que amaba tanto.

La pradera se inclinaba, poco a poco, por una dulce pendiente, hacia el arroyo. A su proximidad, el paso de los animales se hacía más rápido, sus gestos más impacientes y sus voces sonoras más intensas, como si saludaran ya la presencia del agua.

Una vez amorrados al agua, Ogano los contempló, con su eterna sonrisa en los labios, dejando ver su dentadura blanquísima.

Iba cubierto con un simple taparrabos y llevaba sobre la espalda el morral sencillo, con sus provisiones y algunos objetos personales, que para él tenían un poder extraordinario.

El arroyo estaba situado en un estrecho valle y el muchacho, después de contemplar a los animales que pasarían allí gran parte de la mañana, ascendió por la pendiente, deseando colocarse en un lugar desde donde pudiese vigilar el rebaño tranquilamente.

Seguía estando cansado.

Acababa apenas de llegar a lo alto cuando se echó al suelo, temblando con todo su cuerpo. Febrilmente, mientras se mantenía con los ojos cerrados, buscó en su morral el fetiche que le había dado el hechicero de la tribu, agarrándolo, con todas su fuerzas;

pero después, al recordar las palabras del misionero, se puso a rezar, sin soltar, no obstante, el objeto que apretaba fuertemente entre sus dedos.

¡No, no podía ser!

Permaneció mucho tiempo con los ojos cerrados, luchando desesperadamente contra los terrores, que le había metido en el cuerpo y en la mente el hechicero…

Finalmente, dominándose, abrió un ojo, después el otro; más tarde, ya más tranquilizado —las palabras del misionero resonaban en sus oídos—, se puso en pie.

Sí, allá estaba.

¡Dios, qué hombre tan grande!

Debía medir, sin exageración, unos veinte metros de largo y sus enormes brazos eran mucho más fuertes que el cuerpo entero de Ogano.

No se atrevió, inmediatamente, a acercarse y contempló aquel hombre con los ojos desmesuradamente abiertos, como si intentase catalogarlo entre todos los seres que conocía.

Observó, curiosamente, la túnica blanca que el hombre llevaba y la cápsula de cristal que cubría su cabeza. Sus ojos estaban cerrados y el cuerpo inclinado un poco hacia un lado, quizá por los abultados aparatos que llevaba a su espalda.

¿Quién podía ser aquel sorprendente gigante?

Avanzando, con toda clase de precauciones y sin soltar de la mano el fetiche del hechicero, Ogano dio la vuelta al cuerpo del hombre, examinándolo detalladamente. Fue entonces cuando vio la gran mancha negra, como si algo se hubiese quemado, a menos de cien metros del gigante.

Una especie de premonición le asaltó entonces, haciéndole volver el rostro hacia el extraño que, en aquellos momentos, se incorporaba, sentándose en el suelo.

Presa de un pánico incontenible, el negrito lanzó un alarido de espanto y corrió hacia el valle, precipitándose como un loco hacía el lugar donde estaba su rebaño, refugiándose, precisamente, junto al viejo buey, que le miró con sus grandes, glaucos y húmedos ojos.

* * *

La cortina que cubría su mente se descorrió, bruscamente, al tiempo que Tuk abría los ojos.

Durante un buen rato, sin que se percatase absolutamente de nada de lo que le rodeaba, ya incorporado a medias, siguió «oyendo» las instrucciones que los «emios» le habían dado hasta el fin.

Recordaba, de una manera nebulosa, haberse dormido en el interior de la minúscula astronave y haberse despertado, mucho después, cuando el espacio-cohete se había posado en la noche tenebrosa de un planeta desconocido. Entonces las últimas órdenes de los «emios», grabadas en su mente por un procedimiento hipnótico, le hicieron ponerse la escafandra, salir de la astronave y destruirla, merced a un mecanismo especial que el espacio-cohete llevaba.

Después volvió a quedarse profundamente dormido.

Ahora…

Todo aquello estaba inmensamente lejos y Tuk empezó a mirar, con admiración, cuanto le rodeaba.

No era muy bella la pradera, pero los árboles estaban cubiertos de hojas y las montañas lejanas, que cerraban el horizonte casi por todas partes, ofrecían un espectáculo magnífico. Además el sol era ardiente y cuando el hombre de Júpiter volvió el rostro hacia él, se vio obligado a cerrar rápidamente los ojos, experimentando, al hacerlo, una sensación agradable de calor sobre la cara y el cuerpo.

Respiró profundamente.

Entonces se dio cuenta de la campánula que llevaba sobre la cabeza y sintió la primera amargura, al percatarse de que la atmósfera de aquel planeta no debía serle favorable.

El color verde de las hojas de los vecinos árboles le demostró que la existencia de metano era imposible en aquel mundo, convenciéndose de que jamás podía respirar directamente el aire del planeta al que acababa de llegar.

¿Qué pasaría cuando los recipientes de metano que llevaba a la espalda se acabasen?

Sonrió tristemente.

Los «emios» habían pensado perfectamente el castigo, dejándole asomarse un poco a la vida antes de quitársela en la peor de las agonías.

Al ponerse de pie y acercarse a los árboles, se percató de su pequeñez, ya que pocos alcanzaban su altura. Y fue en aquel momento cuando vio al primer animal, un pájaro, que pasó rosando su escafandra, recordándole que hacía muchísimo tiempo que no había comido.

¿Podría hacerlo?

Ahondó en sus recuerdos, tropezando con algunas instrucciones que habían permanecido en lo hondo de su mente.

Un dispositivo especial de su escafandra, con una doble cámara bajo la boca, permitía que pudiese comer, sin necesidad de ponerse en contacto con la peligrosa atmósfera de aquel mundo.

Tendría que cazar.

Pero, a pesar de que el apetito le producía una desagradable sensación en el estómago, la atención por todo, lo que le rodeaba era mucho más fuerte que aquella imperiosa necesidad de su ser.

Una nueva mirada, ansiosa, le demostró, por el momento, la existencia de otras especies de animales que corrían a lo lejos. Su vista formidable, facilitada por su altura, le hacía percibir cosas lejanas.

¿En qué mundo había ido a parar?

Una sensación ciertamente emocionante le embargó. Hubiese podido, desde el primer momento, poner en marcha sus formidables facultades, pero una especie de temor, al que se mezclaba la misma emoción que sentía, le impedía, por el momento, hacerlo.

Prefería esperar, darse cuenta, antes de adentrarse en otras cosas, de la belleza de aquel planeta, que se le antojaba intensa y única.

Se había percatado de que aquella zona en la que había caído no podía ser de las más bellas, ni mucho menos, pero, de todas formas, era mejor que sus viejas tierras de Júpiter.

Se decidió.

Lentamente descorrió el telón de su tercera facultad, lanzando su mente en busca de una probable existencia «inteligente», humana, en el sentido que esta palabra podía tener para el hombre de Júpiter.

Y encontró a Onago.

Se sorprendió, ciertamente, al descubrir aquella mentalidad infantil, elemental, llena de contradicciones, pero encerrando, en su

interior, una bondad, que le hizo sonreír.

Había tan dulces y medrosos pensamientos en aquella mente, que no pudo por menos de encontrarlo sinceramente divertido.

¿Serían tan sencillos todos los seres de aquel planeta?

Luego, al ahondar en la mente del pequeño, se dio cuenta de que éste le había visto y que todavía temblaba de miedo. Comprendió perfectamente el sentimiento del negrito, ya que supo encontrar en el cerebro de Ogano el motivo de aquel temor y supo así que, al lado de las criaturas de aquel mundo, al que había llegado como un desterrado, era un gigante descomunal.

La idea le sorprendió.

Evidentemente, se dijo, debía hallarse en un planeta mucho más pequeño que Júpiter. La facilidad de sus movimientos, que comprobó al moverse y la ligereza de su formidable cuerpo, demostraban palpablemente una menor fuerza de gravedad.

Pero, de todos modos, le desagradó ser motivo de terror y sentándose en el suelo, concentró todos sus esfuerzos para arrancar aquella sensación terrorífica del invisible negrito.

Sabía perfectamente en qué lugar se hallaba Ogano, pero no quiso asomarse para no asustarle estúpidamente, logrando lo contrario de lo que deseaba.

Su poderosa mente empezó a trabajar.

Al principio, encontró una seria dificultad, ya que el negrito no reaccionó como él esperaba, al sentir penetrar Una mente extraña en su cerebro.

—No te asustes —le dijo—. Soy yo, el hombre gigante que has visto hace poco…

Notó la desesperación del pequeño, cuyo terror había crecido al sentir aquella «voz» en su cerebro.

Por otra parte, Tuk se estaba dando cuenta de que aquellos seres no poseían siquiera la primera facultad y que su medio de comunicación, entre ellos, debía ser como el de los antiguos jovianos, antes del Siglo Negro.

Por eso le era tan tremendamente difícil «hablar» con Ogano sin despertar en la mente de su invisible interlocutor un terror indecible, en el que la superstición jugaba un importantísimo papel.

Tuvo que servirse de una argucia para calmar al niño.

—Vengo de un país lejano —le dijo, después de buscar

vanamente en el cerebro del negrito el concepto «planeta» o «mundo alejado»—. En ese lejano país —repitió— no se puede hablar como tú lo haces. Hablamos a distancia, sirviéndonos de la mente, como lo estoy haciendo yo contigo.

Y al tropezarse con algunos conceptos en el cerebro de Ogano.

—No soy ninguno de esos espíritus malvados en los que estás pensando. Soy un hombre, como tú, pero mucho más grande. No debes temerme en absoluto, ya que no quiero hacerte ningún daño y sólo deseo ser tu amigo.

La comunicación con el negro la estaba realizando a base de símbolos ideativos, utilizando los conceptos, pebres y elementales, que hacía encontrado en aquella mente primitiva.

Fue entonces cuando el negrito, por vez primera, se atrevió a «hablar»; es decir, a contestar mentalmente a aquella misteriosa voz que sonaba «dentro de su cabeza».

—¿Cómo eres tan grande?

Tuk sonrió, encontrando perfectamente normal que su interlocutor preguntase primeramente aquello antes que otra cosa.

—Ya te he dicho que en nuestro país todos somos así.

—¿Y cómo llegaste hasta aquí?

Tuk tropezó con un nuevo problema.

Ni el concepto de «espacio» ni el de «astronave» estaba en el cerebro de aquella criatura elemental. Sí que halló la palabra «avión», como máquina que vuela y, sin saber exactamente de lo que se trataba, la empleó, plenamente convencido de que el pequeño le entendería.

—Vine en un «avión».

—¿Y te dejó aquí?

Tuk fue a decir que había destruido la astronave, pero encontró más cómodo seguir la corriente.

—Si, me dejaron aquí.

—¿Volverán?

—No.

—¿Vas a quedarte aquí… siempre?

—Eso creo.

Hubo una larga pausa, después Tuk inquirió:

—¿Verdad que ya no me tienes miedo?

—No.

—Yo no soy malo y no quiero hacer ningún daño a nadie.

Hubo un profundo suspiro, que llegó mentalmente hasta el hombre de Júpiter.

—¡He pasado mucho miedo! Creí que eras uno de esos espíritus de los que habla Kruchi.

—¿Quién es Kruchi?

—El hechicero de la tribu.

Tuk hizo lo posible por entender aquella palabra, creyendo en un principio que se trataba de un «emio»; después inquirió:

—¿Cómo te llamas?

—Ogano. ¿Y tú?

—TUk.

—Es un nombre muy bonito.

—¿Tú crees?

—Sí. Además me he fijado en que eres un hombre blanco.

Tuk se sorprendió.

—¿Qué quieres decir?

—Que tu piel es del mismo color que la de los hombres de la ciudad y la del misionero.

—¿Misionero?

Indudablemente, había palabras con las que tropezaba, sin llegar al sentido que expresaban.

—Sí —dijo Ogano—. El misionero vino, a enseñarnos a leer y a creer en un Dios justo y poderoso.

El hombre de Júpiter prefirió no hacer más preguntas sobre aquellas cosas y preguntó:

—¿Tú no tienes la piel del mismo color que la mía?

—¿Es que no la has visto? —inquirió, sorprendido, el muchacho.

—No.

—¿Ni puedes verla ahora?

—No.

—Entonces ¿cómo me has encontrado y estás hablando conmigo?

Tuk sonrió.

—Ya te dije antes que los hombres de mi país hablamos así, sin necesidad de vernos; pero nuestro poder se limita a eso. Yo no puedo verte hasta que tú no me veas. Y cuando lo hiciste, yo estaba aún dormido.

—Lo recuerdo. Me asustó muchísimo. Y cuando despertaste, salí corriendo, porque creía que ibas a hacerme daño.

—Yo nunca te haré daño, amigo; porque querrás ser mi amigo, ¿verdad?

—¡Claro que sí! Cuando seas mi amigo, todos me tendrán una gran envidia. Porque nadie tendrá un amigo tan grande como Ogano.

Tuk sonrió nuevamente.

—¿Quieres que vaya a verte?

Hubo una corta pausa.

—Está bien —dijo el negro— puedes venir. Procuraré no echar a correr.

CAPÍTULO V



e orientó Tuk perfectamente, por las ondas mentales que emitía el negrito, dirigiéndose hacia donde se hallaba. Procuró hacerlo de la manera más silenciosa y cuidadosa del mundo, para no alarmar nuevamente a aquella criatura que, a pesar de todo, seguía temblando ante la posibilidad de hallarse ante el gigante.

Aforando la mejor de sus sonrisas, Tuk apareció junto a la loma que escondía a Ogano y su rebaño.

Y ocurrió lo que tenía que suceder.

El negrito, con los ojos desmesuradamente abiertos, logró, gracias a Dios sabe qué esfuerzo de voluntad, permanecer inmóvil, apoyado a su largo bastón, mordiéndose los labios y sintiendo que las piernas le sostenían apenas.

Pero los animales no habían «hablado» con el hombre de Júpiter, ni lo habían visto hasta entonces.

Una verdadera estampida se produjo entonces.

Desolado al principio, aterrado después, Ogano empezó a chillar a los animales, pero éstos corrían a toda velocidad, mucho más aterrados que su pequeño pastor.

Ogano se echó al suelo, llorando desconsoladamente.

Indudablemente, Tuk no había contado con aquello y se quedó parado, perplejo, sin saber qué actitud tomar. Pero pronto pudo penetrar en los sentimientos del negrito, que yacía a sus pies, entendiendo entonces el motivo de aquella infinita y desesperada tristeza.

—Perdona —le dijo—, no sabía que ellos iban a huir.

El negro levantó la cabeza, mostrando su rostro por el que las lágrimas seguían corriendo.

—No podré volver jamás a la aldea. Me matarían por haber perdido el rebaño.

Tuk asintió con la cabeza.

—Yo lo haré volver.

—¿Cómo?

—Correré más que ellos y haré que regresen hacia aquí.

El negrito palmoteo entusiasmado.

—¡Hazlo, Tuk, hazlo!

Era la primera vez que alguien le llamaba así, en aquel extraño mundo, con una «voz mental» repleta de simpatía.

—Sí, voy a hacerlo ahora mismo. Pero, cuando los hayas reunido de nuevo, tendrás que venir a verme ahí arriba, para que estos animales no se espanten otra vez.

—Así lo haré —aseguró el niño.

Tuk corrió, a grandes zancadas, percatándose de la facilidad con que se movía. Tan rápidamente lo hacía que llegó a entusiasmarse.

Muy pronto pasó delante de las asustadas bestias, volviéndose entonces y obligándolas a retroceder, con ademanes de brazos y piernas. Naturalmente, los animales dieron media vuelta y volvieron junto al pastor a toda la velocidad que podían lograr de sus cuerpos.

Desde lejos, Tuk hizo un ademán amistoso con la mano y Ogano le contestó. Después, seguro de que el niño lo había entendido, el hombre de Júpiter se dirigió, oblicuamente, fuera de la vista del rebaño, al lugar donde había caído con la astronave.

Momentos más tarde, el negro estaba junto a él.

—Gracias —dijo.

—No debes darme las gracias. Yo tuve la culpa.

—¡Son unos estúpidos!

—¿Quién?

—Los animales. Sobre todo, el viejo buey, que está ya medio loco.

Tuk sonrió.

—Tú ya no tienes miedo, ¿verdad?

—¿Yo? —dijo el niño, irguiéndose sobre sus delgadas piernecillas—. ¡Yo no tengo miedo! Los que temblarán serán los hombres de mi tribu, el día que te vean.

—Tú deberías hablarles de mí. Decirles que he llegado de un país lejano y que no quiero, hacer daño a nadie.

—Se lo diré.

Y después de un corto silencio «mental» naturalmente, preguntó el pequeño:

—¿Por qué llevas esa capucha de cristal que te cubre la cabeza?

—Yo no puedo respirar el mismo aire que tú. En mi país, el aire es distinto.

Evidentemente, Ogano no comprendió demasiado aquellas palabras, pero no le importaba en el fondo, ya que era todo admiración hacia su gigantesco y maravilloso amigo.

—Estoy pensando en lo que dirá mi padre cuando le cuente esto.

—¿Son suyos los animales?

—Sí.

Hubo una pausa.

—Pues no tendrás más que decirle la verdad: que nos hemos encontrado y que ya somos muy buenos amigos. ¿No es así?

Ogano mostró su blanquísima dentadura.

—Eso es. ¡Oye! ¿Tú no comes?

Las palabras del negrito recordaron súbitamente a Tuk que su estómago estaba pidiendo, a grandes voces, algo que lo llenase.

Y se rió.

—Tengo mucha hambre.

—¿Y qué comes?

—Lo_que tú: carne y frutos.

Una mirada de miedo lució en los ojos del niño.

—Debes de comer mucho. De verdad que me gustaría darte uno

de mis animales; por ejemplo, el viejo y estúpido buey. Pero mi padre me pegaría.

—No hace falta que lo hagas. Yo buscaré algo.

El niño señaló la llanura.

—¿Podrás encontrar, no muy lejos de aquí, búfalos y antílopes? ¿Por qué no vas a cazar uno? Yo haría luego y podríamos asarlo.

—¿También tienes tú hambre?

—Mucha.

—Espera entonces.

Se levantó y corrió, dejando al niño con la boca abierta. Después de alejarse un tanto, tropezó con una manada de antílopes, que intentaron huir locamente de él; pero para Tuk, fue un verdadero juego atrapar a un par de animales a los que mató limpiamente, de un sencillo golpe.

Volvió junto al niño.

Éste había encendido una fogata y miró con asombro al gigante y las dos presas que traía en una mano.

—Eres muy rápido y muy fuerte —dijo—. No hay ningún cazador que pueda hacer lo que tú.

Al ver los esfuerzos del niño para despiezar los animales, Tuk cogió un antílope y lo dividió en dos partes de un solo tirón; después, sirviéndose de las uñas, le quitó la piel limpiamente, reduciéndolo más tarde a pedazos, con las manos, sin necesidad de cuchillo alguno.

Por otra parte, el de Ogano no le hubiese servido para nada.

Pasó un rato y cuando la carne despidió, un apetitoso olor, Tuk empezó a devorar, sirviéndose de la escotilla especial que se abría bajo su escafandra.

El niño miró asombrado aquella curiosa manera de comer; pero, además de aquello, lo que le causó mayor admiración fue el comprobar que, excepto una pata, que Tuk dejo para él, el gigante devoró los dos antílopes como si tal cosa.

Hasta llegada la noche estuvieron juntos; después Ogano le dijo que tenía que recoger su rebaño y volver al poblado, donde indudablemente le estaban esperando ya.

—¿Volverás pronto?

—Mañana.

* * *

John Walker detuvo su «*jeep*» en los alrededores del poblado negro. Como siempre, una multitud de chiquillos desnudos, seguidos por un enjambre de moscas, rodearon el vehículo, alejándose solamente cuando empezaron a recibir las «caricias» de la fusta que manejaba el hombre blanco.

—¡Fuera de aquí, mocosos!

Pero era más fuerte la esperanza de las golosinas que los palos y como Walker necesitaba tranquilidad aquel día, cedió y lanzó un puñado de caramelos, lo más lejos posible de su coche, riendo sarcásticamente al ver la formidable pelea que había desencadenado.

Luego penetró en el poblado.

Siguiendo una táctica mucho más juiciosa que la de los niños, los mayores, sobre todo las mujeres, se apresuraron a entrar en sus chozas, dejando caer prestamente la tela de saco que les servía de cortina.

Le temían.

Le temían porque conocían a, John Walker y también conocían sus procedimientos y su manera de obrar.

Desde que se había instalado en aquella zona, Walker había hecho entender a los negros el único lenguaje que, según él, debe utilizarse con los «salvajes»: el látigo.

Además, siguiendo la táctica de «una de cal y otra de arena», John permutaba a menudo el látigo y el «*whisky*», obsequiando con el segundo a los jefes de tribu y con el primero a todos los que, en pago de unas botellas, ponían los reyezuelos a sus órdenes.

Mirando con desprecio a todos los que se escondían prestamente a su paso, siguió el camino de la única calle del poblado, deteniéndose ante la choza, un poco más grande que las demás, del jefe.

—¡Taluko! —llamó, con voz estentórea.

Hubo un murmullo en el interior y poco después salía un hombre alto, de rostro abotargado por el alcohol y que sonrió hipócritamente al hombre blanco.

—¡Hola, «bwana»! —saludó—. ¿No quieres entrar a esta mi humilde choza?

—¿Ahí dentro? ¿Me crees capaz de soportar ese olor?

El otro rió estúpidamente, mostrando unos dientes que el tabaco y otras prácticas habían deshecho y menguado notablemente.

—¡Ven conmigo!

Taluko le siguió, como un perro, con los ojos brillantes, seguro de que el hombre blanco le obsequiaría con alguna de aquellas botellas, cuyo contenido le hacía el más feliz de los mortales.

Se detuvieron, una vez fuera del poblado, junto al «*jeep*».

—Tienes ganas de un trago, ¿eh, viejo borrachín?

Taluko rió como un niño al que se le ofrece su juguete preferido.

Walker sacó una botella y un viejo vaso de aluminio, en el que solía medir el aceite para su coche. En el fondo del recipiente todavía quedaban restos secos del aceite.

Abriendo la botella, John llenó el vaso, diciéndose que aquel negro bebería el «*whisky*» en sitios peores.

En efecto. Taluko no dejó ni una sola gota, relamiéndose glotonamente sus gruesos labios.

—¿No me das un poco más? —inquirió, con los ojos brillantes y húmedos.

—Eso depende. Ven y siéntate en el guardabarro del «*jeep*».

Taluko obedeció y, después de sentarse, pasó la lengua por el interior del vaso, como si desease captar alguna posible gota que le hubiese escapado al vaciarlo.

—Te daré dos botellas enteras si contestas adecuadamente a mis preguntas.

—Lo haré, «bwana».

—Está bien.

Tranquilamente, Walker encendió un cigarrillo y entornó los ojos, sonriendo, como si le divirtiese aquel absurdo del que había oído hablar en las últimas semanas.

—¿Dónde está tu hijo? —espetó inesperadamente.

El negro le miró, frunciendo el entrecejo.

—¿Ogano?

—Sí.

—Está, como siempre, con el rebaño.

Walker siguió fumando tranquilamente. Después, en voz baja, dijo:

—He oído hablar de cierto amigo de Ogano; de un gigante. Eso

es mentira, ¿verdad?

—No es mentira.

—¿Quieres reírte de mí?

—No, «bwana». Nunca me reí de ningún hombre blanco.

—Eso es muy saludable para ti, viejo zorro; pero volvamos al asunto. ¿Qué hay de ese gigante?

—Es un hombre blanco; un hombre que ha llegado de un lejano país, donde no se habla.

—¿Qué cuentos me estás contando?

—Digo la verdad. Ese gigante te habla aquí dentro —y se golpeó, con la larga y sucia uña del dedo índice, la frente arrugada.

—¿Qué quieres decir?

—Lo que he dicho. El gigante no habla y «mete las palabras en la cabeza».

—Pero ¿entiende vuestra lengua?

—Sí; lo entiende todo.

—¡Yo soy el que no entiende nada! ¿Cómo has podido creer las locuras de tu hijo?

—Tampoco las creí, al principio; pero luego mandé a Kruchi.

—¿Al hechicero?

—Si.

—¿Y qué dijo ese idiota de Kruchi?

—Que era un espíritu poderoso y que habló con él.

—¿Pero no me decías antes que no podía hablar?

—Metió sabias palabras en la mente de Kruchi. Kruchi volvió muy emocionado y dijo que el gigante no quería hacer daño a nadie.

—Di que llamen a Kruchi.

—¿No me darás el «*whisky*»?

—Luego.

Taluko lanzó un grito hacia los muchachos que, desde su llegada, los miraban a cierta distancia y uno de ellos desapareció corriendo en el interior de la aldea negra.

Momentos más tarde, un hombre encorvado, muy viejo, apareció, seguido del niño; que se quedó junto a sus compañeros.

—El hombre blanco quiere hablarte, Kruchi —le dijo Taluko.

—¿Es verdad lo del gigante? —inquirió John.

—Verdad, hombre blanco. Es un espíritu poderoso que está a

nuestro lado y que nos protegerá.

Walker sonrió sin escepticismo.

—¿Lo viste con tus propios ojos?

—Como te veo a ti, hombre blanco.

—¿Y podría verlo yo?

El negro se encogió de hombros.

—Es un espíritu y puede ser que sea invisible para los blancos:

—¡Déjate de monsergas, viejo imbécil! He oído decir, a los hombres que me envió Taluko el otro día para cazar elefantes, que ese gigante se comió dos antílopes. ¿Es verdad?

—Sí.

—Pues un tipo que come es visible para todos. Escucha, Taluko —se había vuelto hacia el reyezuelo—, mañana iremos a verle, muy temprano. No digas nada a tu hijo. No nos acercaremos demasiado y lo veremos desde lejos. No digas nada a tu hijo. Quiero sorprenderle cuando hable con ese gigante.

CAPÍTULO VI



la mañana siguiente, antes de amanecer, Walker, con el hechicero y Taluko sentados en la parte posterior de su «*jeep*», salió del poblado, dirigiéndose hacia la zona donde Ogano estaba con su rebaño.

La bruma matutina flotaba aún sobre la pradera cuando llegaron al punto que Taluko creía el mejor para observar al gigante sin que éste les viese.

Ocultando el «*jeep*», en una hondonada, al final del camino, John escaló, precedido por los dos negros, la pendiente desde cuyo borde superior iba a mirar hacia la llanura.

La bruma se disipaba rápidamente.

—¿Has dicho algo a Ogano? —inquirió el blanco.

—No —repuso Taluko—, aunque no he entendido muy bien por qué debía hacerlo.

—Tienes menos cerebro que esas piedras. Si el niño, como supongo, ha tomado aprecio al gigante, no hubiese podido ocultarle

nuestra presencia.

—Es verdad.

Se veía ya el estrecho valle donde solía pacer el rebaño, junto al arroyo que, durante la noche, era Visitado por algunas fieras.

Poco después vieron al niño.

Estaba sentado en cuclillas, no lejos del rebaño.

—¿Que hace ese estúpido? —se irritó el cazador.

—El gigante no debe haber llegado.

Con los gemelos, John recorrió los alrededores del lugar en el que se encontraba el negrito, no viendo absolutamente nada.

Y se arrepintió.

Se arrepintió de haber venido, de haber dado crédito a los cuentos de aquellos salvajes, a los que era, imposible entender.

Pero, de repente, la voz del hechicero le sacó de su pasajera depresión.

—¡Ahí ésta!

Sin poderlo evitar, Walker sintió un escalofrío. Sus manos temblaron un poco al enfocar los binoculares.

Y lo vio.

El gigante se había detenido junto al barranco y el negrito, como si le hubiesen llamado, corrió, locamente, sonriendo la escarpada pendiente y deteniéndose junto a aquel ser formidable.

John no daba crédito a sus ojos.

Todo aquello le parecía fantástico, irreal, como las pesadillas que solía tener cuando aquellas malditas fiebres, que había cogido en África, se despertaban en lo hondo de su sangre.

Era formidable.

John contempló la fantástica criatura y, calculando la altura del negrito, que estaba a su lado, creyó posible que el gigante tuviese muy cerca de veinte metros de alzada.

«Debe pesar cerca de mil kilos», se dijo.

La caperuza transparente que llevaba sobre la cabeza no le llamó poderosamente la atención. Walker era un hombre ignorante y no se detenía ante aquellas pequeñeces.

Su cerebro trabajaba rápidamente.

Se estaba imaginando, con una sonrisa de triunfo, lo que pensaría Pat Lower que, en la reserva, esperaba la llegada de los animales que le cazaba Walker.

¿Cuánto pagarla por un «ejemplar» como aquél?

Porque, para John, aquel ser no podía ser más que un animal salvaje, que por causas completamente desconocidas había llegado hasta allí y que debía de proceder de alguna, región inexplorada del continente negro.

¡Qué estupendo negocio!

Observó a los negros y sonrió con desprecio, al ver los ojos de asombro que brillaban intensamente, como si acabasen de ver al mismísimo diablo.

«¡Pobres idiotas!».

Su mente de cazador nato se puso a esbozar un plan que le diese como resultado la captura del gigante. Calculó detenidamente su tamaño, su fuerza y el posible grosor de los barrotes de la jaula que debía contener a aquel monstruo.

Estaba nervioso y deseoso de contar a Lower todo aquello.

—Vamos —dijo.

Retrocedieron los negros, de mala gana, pues les hubiese encantado seguir contemplando aquella maravilla.

Momentos más tarde, el vehículo se ponía en marcha.

—¿Qué te ha parecido? —inquirió el hechicero, con una especie de sonrisa de triunfo.

John, comprendiendo el sentido de las palabras del negro, sonrió, a su vez, encogiéndose ligeramente de hombros.

—¿Y eso os asusta, idiotas? ¡Ya veréis cómo le cazo!

Los dos negros se volvieron hacia él al unísono.

—¿Eh?

—¿Vas a cazar al gigante?

—¿Por qué no? No es más que una bestia, como un elefante demasiado grande o como un gorila descomunal. ¿Habéis visto, malditos piojosos, alguna vez, que Walker retroceda ante una presa?

—No —dijo Taluko.

Y el hechicero, después de una pausa:

—No hagas eso, hombre blanco.

—¿Por qué?

—Porque te traerá desgracia. No se puede cazar un espíritu…

—¡Idiota! ¿Quién te ha dicho que fuese un espíritu? Ese gigante es de carne y hueso como nosotros.

El hechicero no dijo nada. En su interior, sentía, como siempre, una gran incomprensión hacia aquellos seres de color blanco.

* * *

Todo el Circo Prone había aprovechado la magnífica invitación de su director.

Después de todo, a pesar de su ambición desmedida por el dinero y la fama, Pat Lower, el director, se había portado magníficamente invitándolos a aquel safari en África, aunque, en realidad, muchos de ellos estaban completamente seguros que aquellas vacaciones estaban íntimamente ligadas al deseo de Pat de no perder ninguna de las famosas estrellas que había conseguido tener.

Pero, de todas formas, lo estaban pasando maravillosamente en aquella segura «reserva» africana, contribuyendo y ayudando al director a clasificar las fieras que Walker les iba llevando.

Había montado, para no perder la forma, unos trapecios al aire libre, con su correspondiente red y allí, en las luminosas mañanas de África, contemplaban las graciosas evoluciones de Lana y Will, la inimitable pareja que hacía lanzar exclamaciones de pavor y admiración a los negros, gratuitos asistentes a aquellas funciones de entrenamiento.

Aquella mañana, los dos «pájaros locos», como los llamaban, se balanceaban en el aire, más atrevidos que nunca.

Desde lejos, a la puerta de su tienda, Oscar Cately, el ilusionista de la «*troupe*», siguió atentamente la pirueta que, en aquellos momentos, realizaba, magistralmente, Lana Fredson.

Lana.

Encendió nerviosamente un cigarrillo, dejando que su imaginación volase a tiempos pasados, cuando podía haberse atrevido a creer que aquella deliciosa criatura llegaría a ser su esposa.

Por aquel entonces, Lana trabajaba sola, siendo la máxima atracción del Circo, junto con él, el hombre capaz de hipnotizar a la sala completa.

Aquéllos habían sido los bellos tiempos y Oscar había soñado mucho, seguro de que sus sueños se iban a convertir en las más

hermosas realidades de la vida.

Hasta que llegó Will.

Su llegada había tenido algo de patético, ya que le descubrieron, medio muerto de hambre, en una ciudad, en la que, para ganar lo que se bebía, por aquel entonces Will Emerson no comía, hacía de «hombre mosca», jugándose la vida escalando todas las fachadas de los edificios de la ciudad.

¡Y pensar que había, sido él quien sacó a Emerson de aquel infierno!

Se había acercado al joven, mientras éste pasaba la gorra ante los espectadores y se lo había llevado, un poco a la fuerza, al circo, teniéndolo en su propio vagón y alimentándole, después de lograr que dejase la bebida, hasta que ofreció un aspecto humano, presentándolo entonces al director, proponiéndole su contratación.

Pronto demostró Will de lo que era capaz en el trapecio. Y, por desgracia, también demostró de lo que era capaz en asunto de traiciones y desagradecimientos.

Y no era aquello lo peor.

¿Cómo diablos podía Lana haberse fijado en aquel hombre?

Oscar tiró el cigarrillo y dio media vuelta dirigiéndose hacia la verdadera «reserva».

«Será mejor —se dijo— que pase el rato mirando a las fieras salvajes. Es mucho más edificante, la mayor parte de las veces, que mirar a nuestros semejantes».

Un poderoso rugido le atrajo hacia las jaulas de los leones.

De pie, ante una de ellas y con un tridente largo, Bin Arnod, el domador, intentaba «convencer» a un hermoso león, un macho enorme, de que no debía tocar la carne que acababa de lanzarle hasta que él quisiese.

Como siempre, el espectáculo que ofrecía Arnod era sencillamente desagradable.

Los ojos brillando de crueldad, los músculos en tensión, pinchaba al felino en las patas y en el pacho, sin profundizar demasiado, sabiendo que Pat no le perdonaría si mataba o hería gravemente a una de las fieras, por las que pagaba buenas sumas al cazador.

—¡Maldito gato! ¡Ya te enseñaré yo!

Y, con la mano izquierda, hacía restallar el látigo, sonido que

había puesto fuera de sí a los animales encerrados en las jaulas vecinas: panteras, leopardos, hienas y linces gruñían y rugían al unísono, formando un concierto ensordecedor.

—¡Hola, Bin!

El domador sacó el tridente y se volvió hacia el recién llegado.

—Hola.

Y señalando al león.

—¡Este hijo de perra que quiere ser más cabezota que yo!

—Lo veo difícil.

El domador frunció su entrecejo. Al hacerlo, su ya estrecha frente se hizo más estrecha, pareciendo que las cejas y los cabellos rizados se iban a unir.

—¿Qué quieres decir? —inquirió, sin entender la insinuación del otro.

—Que saldrás ganando tú.

Sonrió francamente.

—¡No lo dudes! ¡Arnod no necesita hipnotizar a sus animales! ¡Le basta con esto!

Y esgrimió el tridente, cuyas tres puntas estaban manchadas de sangre.

—Fíjate cómo te mira, Bin.

El domador se volvió hacia el león.

—¿Cómo me mira? ¿Cómo quieres que me mire?

—¿No te das cuenta? —dijo el ilusionista—. Fíjate bien y tendrás que estar de acuerdo conmigo en que jamás has visto tanto odio concentrado en la mirada de una criatura… ¿No puedes enseñarlos de otra manera, Bin?

El domador escupió con desprecio.

—¿Ya vuelves con tus tonterías? ¿Por qué no entras en la jaula e intentas convencerle?

—Alguna vez lo haré, Bin.

Bin Arnod soltó una estentórea carcajada.

—¡Iluso! No darías ni dos pasos dentro. Antes de que supieses lo que te pasaba, estarías en el estómago de uno de esos bichos.

Pero Oscar no le escuchaba.

Se había vuelto hacia la jaula del león y miraba fijamente al animal, sin separar sus ojos de aquellos otros, verdosos, con pintas negras, qué, a su vez, estaban clavados en los suyos.

—¿Qué intentas hacer? —inquirió el domador, sin dejar de sonreír.

—Espera.

—¡No me hagas reír, hombre! Fíjate, ahora ese maldito ni come siquiera… ¡Antes he tenido que zurrarle para que no lo, hiciese, y ahora que podía zamparse la carne de un bocado, ni la toca siquiera! ¡Ese perro quiere reírse de mí; pero no ha habido ninguna bestia que le haga eso a Arnod! ¡Ahora verás!

—¡Espera!

La voz de Oscar Cately era vibrante, de las que no admiten réplica.

Seguía mirando al león, cada vez con mayor intensidad, poniendo en aquello todo su empeño, todo el esfuerzo de su voluntad imbatible.

Y los ojos amarillentos ni parpadearon siquiera.

Era una lucha de voluntades, la de la bestia, guiada por su ciego instinto de dominación, y la del hombre, sabia y profunda, deseando penetrar en el intrincado cerebro del animal, para una vez allí hacer que los resortes elementales se plegasen, obedientes, sumisos…

—¡Cierra los ojos! —ordenó Cately.

Arnod fue a decir algo, pero el otro le interrumpió con un gesto.

—¡Cierra los ojos! —repitió Oscar.

Y los suyos parecían brillar, como dos carbuncos, intensamente fijos en los de la fiera.

Ésta parpadeó.

Pero Cately no podía considerar aquello más que como una pequeña victoria, un minúsculo anticipo que no hizo más que aumentar la intensidad de su esfuerzo.

—¡Vamos! —Su voz, aunque en bajo tono, no dejaba de ser imperiosa y ronca—. ¡Cierra los ojos!

¡Y los cerró!

Después de parpadear un par de veces más, el rey de la selva cerró sus ojos, incapaz de resistir el insoportable efecto de la mirada del hombre.

—¡Es formída…! —fue a decir Arnod.

—¡Calla!

Cately se acercó entonces a la jaula.

Más hipnotizado que el león, el domador miró, con los ojos llenos de asombro, al otro que, al llegar junto a los barrotes, metió el brazo por uno de ellos, cogiendo el trozo de carne que, momentos antes, había lanzado allí Arnod.

El ruido de la carne el moverse hizo que la fiera abriese los ojos.

Por un momento Oscar creyó que iba a perder la partida y… hasta posiblemente el brazo, ya que la mirada de la fiera fue directamente hacia el trozo de carne.

—¡Mira!

La brusca voz del hombre hizo que la fiera levantase la cabeza.

Y, otra vez sus ojos tropezaron con aquellas pupilas grises, insoportablemente fijas en él.

Parpadeó.

Oscar tenía el trozo de carne en su mano y se lo alargó al animal.

—¡Toma, come!

Babeó el felino y, después de un tiempo que al joven le pareció eterno, lanzó un rápido, pero corto zarpazo hacia la carne.

—¡Con la boca! ¡Así no!

Finalmente el animal, molesto por aquellos dos ojos que no sé separaban ni un segundo de los suyos, alargó la boca y sus blancos y largos colmillos puntiagudos se mostraron al aire. Luego, de un bocado, dado no con mucha fuerza, se llevó la mitad de la carne que Oscar seguía teniendo en la mano.

Éste soltó el resto, volviéndose hacia el domador.

Bín le miraba con el entrecejo profundamente fruncido.

—¿Cómo lo has logrado?

Cately se encogió de hombros.

—Voluntad; sólo eso.

—Eres un hombre muy extraño.

—Puede ser.

—¿Sabes que si Pat hubiese visto esto habría creado un nuevo número?

La mirada gris del ilusionista se clavó en los ojos del domador.

—¡Tú no dirás nada! ¿Verdad?

Bin movió la cabeza negativamente.

—No —dijo lentamente—, no diré nada.

Y Oscar se alejó de allí, profundamente asqueado de la

brutalidad de aquel hombre y compadeciendo a las pobres bestias que el cazador traía a cuyo destino era el más negro de todos.

Al pensar en Walker frunció el entrecejo, recordando la osada y sucia manera que tenía el cazador de mirar a Lana. Aunque, después de todo, poco podía importarle la manera que mirasen a la muchacha, ya que ella había elegido su camino y en él se encontraba Will Emerson, el elegido de su corazón.

Se encogió de hombros.

Había sido un tonto aceptando venir aquí, a África, con la vana esperanza de volver a ganarse el corazón de aquella coqueta; pero lo que sí se prometía, en cuanto volviese a Europa, era el de irse del circo, no volviendo jamás a él.

Al dirigirse hacia su tienda de campaña vio llegar el «*jeep*» del cazador, que esta vez iba solo.

Y sin saber por qué, al ver a aquel hombre bajar apresuradamente del vehículo, dirigiéndose corriendo a la tienda de Pat, sintió que una rara opresión le apretaba el pecho.

CAPÍTULO VII


ué hay, amigo?

Pat levantó el rostro, dejando de escribir y mirando al recién llegado, que, después de quitarse el salakof, se dejó caer en una de las sillas plegables de la tienda.

—Deme un trago Pat.

El hombre se levantó.

Era alto, fuerte, con un vientre prominente y un rostro amplio, que hacía más grande y redonda la calva completa qué cubría su cabeza, excepto a dos ridículos mechones de cabello sobre las orejas, grises ya.

Cuando hubo servido un vaso de «*whisky*» solo, bebiendo el un poco con mucha soda, volvió a sentarse, pasando un pañuelo por su sudorosa frente.

—¿Qué hay?

John no contestó, terminando de beber el contenido de su vaso y encendió después un cigarrillo, lanzando el humo azulado hacia el

techo de la tienda.

—Voy a traerle algo extraordinario, Lower.

—¿De qué se trata?

—Un hombre.

El director enarcó las cejas.

—¿Sufre insolación, Walker, o son esas malditas fiebres que le atacan otra vez?

John palideció intensamente, mordiéndose los labios.

—¡No las nombre, Pat, ni en broma!

—Está bien; pero no vuelva a decir estupideces.

—No he dicho ninguna, He dicho simplemente que voy a traerle un hombre. Y le advierto, amigo mío que, si no me paga el precio que le pida, se lo ofreceré a cualquier otro director, que me dará el doble.

—No tengo tiempo que perder, John; si ha bebido, puedo dejarle una tienda paja que duerma…

Walker dio un puñetazo formidable en la mesa, haciendo que el vaso que acababa de dejar sobre ella saltase, no rompiéndose por verdadero milagro.

—¡Pierda usted —sus grandes aires de «mandamás», Pat! Ya estoy empezando a cansarme de romperme los huesos por esas praderas para recibir, por todo pago, un puñado de dólares…

—Bastantes puñados, John; bastantes puñados.

—¡Todo eso no es sino una miseria! ¡Una miseria comparado con lo que va a pagar usted! ¡Pero fíjese bien, Pat! Tendrá que hacer un vagón especial, solamente para llenarlo de billetes para llevarlos al Banco.

—¿Quiere decirme de una vez qué clase de mosca le ha picado?

—Enseguida. ¿Qué le parecería un letrero luminoso que dijese que usted, Pat Lower, del Circo Prone, presenta en exclusiva al hombre más extraordinario del mundo? ¡Veinte metros de altura y capaz de leer el pensamiento de cualquiera!

—¿Qué clase de mezcla circense me ofrece?

—Ésta.

Y Walker le relató cuanto sabía, guardando para sí los detalles «locales», de manera que el otro no supiese, ni remotamente, dónde encontrar al gigante.

Le contó todo, incluso su normal incredulidad al principio; pero

luego, al relatarle la manera que había utilizado para ver al monstruo en compañía de Ogano, sus ojos brillaban de una manera que demostró al director del circo que estaba ante la más extraordinaria ocasión de toda su vida circense.

Cuando John terminó su relato Pat encendió un habano, cosa que sólo hacía en las grandes ocasiones, miró detenidamente a Walker y en voz baja, casi inaudible, inquirió:

—¿Qué vale esa atracción, John?

Echándose hacia atrás apoyando su ancha espalda en el respaldo de tela de la silla, Walker respiró satisfecho.

Había vencido.

—Trescientos mil dólares.

—¿Está usted loco?

—No he terminado. Hay algo más aún.

—¿De qué se trata?

Ahora fue el cazador quien bajó la voz, hasta hacerla un susurro:

—Quiero a Lana.

Las hirsutas cejas del director formaron dos acentos circunflejos.

—¿Está bien de la cabeza, John?

El otro no dijo nada.

Se limitó a levantarse, cogiendo el salacot que había dejado en el suelo.

—Veo que he perdido el tiempo. Cablegrafiaré a Miller.

Miller era el más terrible competidor del Circo Prone; el dueño del Circo Internacional, cuyo sólo nombre era suficiente para sacar a Pat de sus casillas.

—¡Eh, espere!

Walker sonrió, pero no tomó asiento.

Pat le señaló la silla.

—Veamos a ver si nos arreglamos. —Y cuando el otro se hubo acomodado—: Por lo del dinero, de acuerdo. Pediré una transferencia a Nairobi.

—No es suficiente.

—Pero escuche, Walker; yo no puedo obligar a Lana.

—Eso es asuntó mío. Usted coge al gigante y se larga, con la particularidad de que el día anterior hacemos, como ha prometido a sus artistas, una cacería de verdad. Ya me encargará yo de perderme con la muchacha, de manera que ésta no llegue a tiempo

para la marcha.

—¡Eso es una canallada!

—Es un negocio. Conozco sitios a los que no llegara jamás la policía de ningún país. Usted se limita a enviarnos varios telegramas y denuncia después la desaparición de la muchacha, Cuando lleguen los investigadores Lana estará casada conmigo.

Pat se mordió los labios.

—¿Y Will?

El cazador sonrió sarcásticamente.

—¿Quién? ¿Ese saltarín de poca monta?

—Se ha prometido con Lana.

—¡Paparruchas! Para ése, si se pone pesado, puedo reservarle el estómago de un buen león. Allí se le quitarán las ganas de saltar.

—¡Eso no! Si se queda con Lana no puede estropearme todo el grupo del trapecio.

—Así me gusta, Pat, que sea usted un hombre de negocios. No se preocupe, amigo; nada le ocurrirá a su saltimbanqui.

Hubo una corta pausa.

—¿Cuándo tendré a ese… hombre?

—Necesito la ayuda de usted, Pat. Quiero que, con el mayor sigilo y como si se tratase de muchas, me encargue una jaula a Nairobi. Quiero barrotes fuertes, de diez centímetros.

—¿Tan fuerte es?

—Se le pondrían los pelos de punta al verle… si tuviese usted pelos, Pat.

Lower torció el gesto, pero no dijo nada.

—Hare que construyan la jaula y la tendrá lo antes posible.

—Perfectamente. Si la tengo dentro de una semana estaré contente. Necesito todos estos días…, aunque no pasarán más de cinco días para que tenga a ese monstruo en mi poder.

—¿Cómo lo cazará?

—¡Eso es asunto mío Pat! Yo soy el cazador y usted no tiene que preocuparse por eso. Vaya preparando el dinero… y lo otro.

—Todo estará preparado; pero no soltaré nada hasta que tenga a «ése» en mi poder.

—Puede dormir tranquilo, Pat. ¡Se hará usted el hombre más famoso del mundo!

* * *

Ogano se levantó muy de mañana, con la misma emoción que desde que conocía a Tuk. Cogió sus bártulos y se dirigió fuera de la choza.

Fue entonces cuando vio las cajas.

Conocía aquellos cajones de madera, con letras escritas en un lenguaje que no entendía, pero cuyo contenido —botellas— era el pago que el cazador daba a su padre por el trabajo de sus hombres.

Ogano no amaba a Walker, ni mucho menos.

Como todos los miembros de la tribu, le odiaba y le temía al mismo tiempo; aunque, desde que era amigo del gigante, había perdido el miedo a muchas cosas.

Oyó las voces de su padre y del hechicero que, en la choza del primero, gritaban bajo los efectos del alcohol. Algunas botellas vacías asomaban su gollete bajo la tela de saco que servía de cortina en la puerta de la choza.

Profundamente asqueado, el niño apretó el paso, yendo al redil, de donde sacó el rebaño, alejándose hacia la llanura. Sólo al hallarse lejos del poblado respiró a gusto.

Pero entonces, inesperadamente, un grito a su espalda hizo que se detuviese, viendo cómo uno de su tribu corría hacia él.

—¡¡Ogano!! —gritó el que se acercaba.

El negro se detuvo, esperando que el otro llegase a su lado.

—¿Qué quieres? —inquirió.

—Taluko, tu padre, te llama. Te guardaré el rebaño mientras vas y vuelves.

Los ojos de Ogano brillaron de desconfianza.

—¿Irás dónde está el gigante? —inquirió.

—¡No, no iré!

Y la expresión de miedo que se pintó en su rostro tranquilizó definitivamente a Ogano, que se fue hacia el poblado, seguro de que el otro no se alejaría demasiado.

Al acercarse a las chozas vio el «*jeep*» de Walker y frunció el entrecejo.

Luego se dirigió hacia la cabaña de su padre, pero éste le salió al encuentro.

—¡Ah, ya estás aquí! —exclamó al verle.

Ogano llevaba unos días sin ver a su padre y se extrañó del abotargamiento de su rostro; nunca le había visto con los ojos tan hinchados ni con aquella estúpida expresión.

—¿Qué querías de mí? —preguntó.

—Deseaba decirte algo; pero ven a mi choza y charlaremos unos instantes.

Le hizo pasar a la cabaña y el pequeño se percató de que la habían limpiado, haciendo desaparecer todo rastro de las botellas que él había visto asomar bajo la cortina poco antes.

—Siéntate aquí, hijo mío.

Ogano obedeció.

—¿Ves al gigante cada día?

—Sí.

—¿Seguís siendo tan buenos amigos como antes?

—Sí.

Indudablemente, las lacónicas respuestas de Ogano no facilitaban la labor de su padre, que, en otras circunstancias, le hubiese golpeado para que contestase más ampliamente.

Pero Walker había ordenado mucha prudencia y las cajas de botellas estaban completamente vacías.

—Verás, hijo mío —dijo Taluko con visible embarazo—, el hombre blanco se ha enterado de lo de tu gigante.

—¿Sí? ¿Se lo has dicho tú?

—No. Pero todo el mundo lo sabe y le han hablado. Hasta los «bronas» de la reserva conocen su existencia.

—¿Y qué dicen?

Taluko tragó saliva, pensando en lo fácil que hubiese sido todo aquello de haber tenido una botella a su lado.

—Verás: están admirados y, como nos ocurrió a nosotros, no pueden creer que sea verdad.

—¡Pues que vayan a verlo!

—Eso es lo que piensan hacer; pero el «bwana» de cabeza pelada, aquél tan poderoso y que tiene tantos coches para llevar fieras, desea regalar al gigante todo lo que éste desee. Sólo para que se deje fotografiar. ¿Recuerdas aquella máquina que coge figuras y que las echa luego, cuando es de noche y que se mueven y todo?

—Sí, el cine.

—Eso es —suspiró Taluko, aliviado un tanto de la tensión que le

carcomía—. Pues bien, el «bwana» poderoso quisiera hacer el cine con tu gigante. No hace falta que el gigante se acerque mucho, los «bwanas» tendrían miedo, ya sabes lo estúpidos que son —rió y el pequeño también lo hizo—. No tendrá más que ir a un lugar que voy a decirte y le harán el cine. Luego puede pedir lo que más desee. ¿Qué te parece?

—Se lo diré.

—¿Crees que aceptará?

—No lo sé; pero te lo diré esta noche.

Taluko extendió la mano y acarició el cabello rizado de su hijo; éste le miró con extrañeza, ya que hacía muchos años que su padre no le había acariciado más.

—Eres un buen hijo, Ogano. Ahora voy a darte una cosa.

Y hurgando en la vieja chaqueta que llevaba y de la que estaba plenamente orgulloso, sacó una onza de chocolate envuelta en papel de estaño y se la dio al niño.

—Toma, es para ti.

—¿Puedo volver con el rebaño?

—¡Naturalmente!

El pequeño se levantó y se dirigió hacia la salida de la choza.

—No olvidarás hablar al gigante de todo eso, ¿verdad?

—No.

Y salió corriendo, deseoso de estar junto a sus animales y proseguir su camino hacia la pradera.

El otro le esperaba en el mismo sitio en el que le había detenido y se despidió de él, contento de alejarse del camino que seguía el niño. El miedo al gigante era mayor que cualquier curiosidad posible.

Dos horas más tarde Ogano estaba junto al abrevadero y corría, poco después, hacia el sitio donde solía hallarse Tuk.

El hombre de Júpiter estaba echado, con las manos en la nuca, apoyadas en las gomas de sus depósitos de metano, mirando al cielo.

Había sondeado, por vez primera, y utilizando su tercera voluntad, la mente del niño, mucho antes de que éste llegase; pero, al notar la turbación del pequeño, se prometió no volver a emplear jamás aquella facultad, creyendo que podría asustar definitivamente a Ogano.

Al sentirle cerca se incorporó, sentándose en el suelo.

—¡Hola, amiguito!

El niño parecía loco de contento y Tuk descubrió parte de los motivos de aquel gozo.

—¿Qué te pasa que estás tan contento? —preguntó el gigante.

El niño le miró con asombro.

—¿Cómo lo sabes?

—Por la expresión de tu cara. Ven aquí.

Ogano se acercó y Tuk lo cogió con la mano, sentándolo sobre una de sus rodillas.

—Cuéntamelo todo —dijo.

—Verás —dijo Ogano imitando a su padre y poniéndose súbitamente serio yo ya te he hablado de los hombres que tienen el mismo color que tú, ¿verdad?

—Si.

—Pues bien. Hay uno, muy poderoso y bueno, que desea conocerte.

—Me parece excelente.

—Quiere —aquí el niño dudó, buscando la forma de explicarte —; quiere —repitió— hacerte unas fotografías. ¿Me entiendes?

—No. Pero piensa en ello con toda tu fuerza, recordando todos los detalles y sabré de qué se trata.

Obedeció el pequeño y Tuk descubrió las vagas imágenes del «cine». Hasta vio reír a Ogano, ante quien se había proyectado una película de dibujos en colores.

—¿Quién es el hombre blanco que te hacia el «cine»? —preguntó Tuk.

—¿Cómo? ¿Has visto al misionero?

—Sí. Lo he visto en tu imaginación; un hombre vestido de blanco, con una barba abundante y larga, ¿no es así?

—Sí. Era el padre Matías. Hace mucho tiempo que se fue hacia el interior. —Y después de una corta pausa—: ¿Querrás que te hagan «cine»?

Tuk movió la cabeza con un gesto de asentimiento.

—Sí. No creo que haya ningún mal en ello. Además, desearía hablar con esos hombres blancos y preguntarles muchas cosas. Leo en tu mente que son poderosos hechiceros, capaces de las más grandes maravillas. Es posible que alguno de ellos pudiese fabricar

el gas que necesito para respirar.

Y señaló los depósitos metálicos que llevaba a la espalda.

—¿Ya no tienes?

Tuk sonrió.

—Sí; pero, de todos modos, hay que tener cuidado, ya que lo que hay se acabará algún día.

—¿Y qué pasaría?

Tuk conocía ya el concepto que aquel pequeño amigo suyo tenía de la muerte. Evidentemente, era muy distinto al del hombre de Júpiter y hasta la idea de la propia vida era también diferente.

¿Qué hubiese dicho Ogano al saber que los veinte años de su amigo Tuk eran doscientos cuarenta años de la Tierra?

Pero Tuk quería sinceramente al pequeño negrito y no deseaba, de ninguna forma, entristecerlo.

—No pasaría nada —dijo sonriendo—. Me acostumbraría, puede ser, a respirar el mismo aire que tú.

Hubo un largo silencio.

—¿Irás entonces a ver a los hombres blancos?

—Sí; iré.

CAPÍTULO VIII


l *«jeep»* de Walker se detuvo con un brusco frenado, junto a la tienda de Pat. Una vez junto al director del Circo Prone, los dos hombres se estrecharon la mano.

—¿Un trago? —ofreció Pat amigablemente.

Bebieron y encendieron sendos habanos, ya que Pat Lower insistió para que el otro fumase uno de los suyos.

—¿Cómo van las cosas? —inquirió el del circo.

—Bien. ¿Y la jaula?

—Llegará hoy.

—Esperaré para verla.

—¿Cuándo tendrás a esa fiera, John?

—Mañana por la mañana. El pequeño me preparó perfectamente el terreno y la trampa ya está terminada y cubierta.

—¿Le has hecho una trampa?

—Sí. Doscientos hombres de Taluko han excavado un hoyo de veinticinco metros de profundidad y lo suficientemente ancho para

que ese tipo no pueda escapar. No te preocupes, mañana lo tendremos en nuestro poder. Pero quiero llevarme la jaula. ¿Estás seguro de que llegará hoy?

—Antes de mediodía. Arnod, el domador, que ha ido a por ella, me ha hablado por radio hace menos de una hora. Está en las colinas.

—Perfecto. Así sí que llegará antes de mediodía.

Guardaron unos instantes de silencio.

—¿No crees que habrá dificultades?

El cazador sonrió.

—Walker no falla nunca; no se preocupe, Lower.

—Justamente —dijo Pat—, no me acordé de decirle algo el otro día. ¿Es verdad que ese gigante no habla?

—Seguro. He oído a Ogano contar la manera cómo se entiende con él y, desde luego, no habla. El pequeño, que no es tonto, como he podido comprobar, ni tampoco embustero, no debe equivocarse.

—Perfectamente. Vamos.

—¿Adonde?

—Quiero que explique todo eso a Oscar, nuestro hipnotizador.

—¿No podrá él verlo por sí mismo dentro de poco?

Pat imitó la voz del cazador:

—Lower no se equivoca nunca, ni falla tampoco.

—Y sonriendo: —He de ir preparando todo para disponer la mejor manera de utilizar ese fenómeno. Había pensado en un principio dejárselo a Arnod y exponerle como un monstruoso habitante del Tibet: como el «abominable hombre de las nieves». Su estatura y su corpulencia cumplirían perfectamente esa misión, aunque tuviésemos que acicalarlo un poco; pero desde que usted me habló de esa extraña manera de comunicarse con el negrito he pensado otras cosas.

—Entonces, vamos.

Oscar Cately estaba echado en su lecho, fumando un cigarrillo y con los ojos entornados. Al oír el «¿se puede?» del director se incorporó, yendo hacia la entrada y levantando la lona.

—Pase, Pat. —Y al ver al cazador—: ¡Ah, viene usted acompañado!

—Sí. Adelante. Supongo que no le molestará que charlemos un poco con usted, ¿verdad?

—¡Dé ninguna manera! ¡Adelante!

Desplegó dos sillas, sentándose él en el borde del lecho.

—¿Quieren beber _algo?

—Eso no molesta nunca —dijo el cazador.

Oscar les sirvió sendos vasos de «*whisky*», el de Pat con bastante agua, y para él sacó del «frigidaire» una
«coca-cola».

—¿No bebe usted alcohol? —inquirió John.

—No lo necesito —fue la inesperada y cruda respuesta.

Walker frunció el entrecejo.

Era la primera vez que hablaba con aquel hombre, pero acababa de darse cuenta de que se hallaba ante un enemigo en potencia. Su fino olfato de cazador no podía equivocarse.

Hizo trabajar las meninges mientras bebía el *whisky* y no tardó en hallar la solución.

Sonrió.

—¿Con que se trataba de Lana, eh?

No era extraño que aquella preciosidad tuviese más de un pretendiente.

Pero tanto el actual, el trapecista, como aquel «ilusionista iluso» no tenían nada que hacer. Lana sería suya, porque él había sabido jugar con todos los ases de la baraja en la mano.

Pat, que no había hablado aún con Oscar de la cuestión del gigante de la pradera, le puso en antecedentes, relatándoselo todo desde el principio.

Cately escuchó atentamente, sin interrumpir al director ni una sola vez. Luego, cuando Pat abordó la cuestión del especial «lenguaje» del gigante, sus párpados se plisaron un tanto.

—¿Dice el niño que parece como si oyese las palabras del otro en el interior de su cabeza?

—Eso es —intervino Walker.

—¿De qué cree usted que se trata, Oscar?

—Telepatía.

—¿Tele… qué? —inquirió el cazador, con una mueca extraña en el rostro.

—Telepatía. Comunicación a distancia, sin necesidad de sonidos, puramente mental.

—¿Y qué quiere decir eso, según usted? —volvió a preguntar el

cazador.

—No lo sé. Todo esto convendrá Usted —se dirigía exclusivamente a Pat— en que es verdaderamente extraordinario. Creo que debería telefonear a alguna Universidad, ya que el hallazgo puede tener una importancia capital.

—Querrá usted decir telegrafiar, ¿verdad? —inquirió Lower con una sonrisa.

Pero John saltó de su asiento.

—¿Cómo? ¿Va usted a avisar a gente extraña, Pat?

El director le hizo un gesto para que se calmase.

—No se preocupe, Walker.

—¡Esto sería el colmo! —No pudo por menos de seguir diciendo el cazador—. ¡Llamar a una Universidad! ¿Se da usted cuenta de que no se lo dejarían ni mirar, Pat?

Oscar miró fijamente al director.

—Pero ¿qué piensa hacer con él, señor Lower?

Pat le devolvió la mirada, añadiendo con una sonrisa de triunfo:

—¿Que qué voy a hacer con esa monstruosidad, Oscar? ¿Usted me pregunta eso? ¿Ha olvidado quién soy? ¡Voy a convertirlo en la mayor atracción de todos los tiempos!

—Pero si no sabe usted nada de él. ¿Y si se tratase de un ser procedente de otro planeta?

Walker lanzó una ruidosa carcajada.

—¿Marcianos? ¿Platillos volantes? ¡Ja, ja, ja!

También Pat reía, pero dejó pronto de hacerlo.

—¡Ojalá no se equivocase, Oscar! De todas formas retendré su idea, ya que me gusta mucho… Veamos: «EL HOMBRE GIGANTE, hallado en lo más profundo de la selva africana… ¿ES UN SER HUMANO DE UNA RAZA PRIMITIVA?… ¿ES UN HABITANTE DE MARTE, LLEGADO A LA TIERRA?… ¡EL HOMBRE TELEPÁTICO! NO DEJEN DE VISITAR EL CIRCO PRONE, DONDE SE EXHIBE LA MARAVILLA DEL SIGLO…». ¿Qué le parece, Oscar?

Éste asintió con la cabeza.

—Excelente propaganda, Pat.

Salieron de la tienda del ilusionista, que se quedó profundamente preocupado, y se dirigieron hacia la tienda del director, donde bebieron y charlaron, esperando la llegada de la jaula.

Un poco antes de mediodía los tres camiones donde iba aquel formidable conjunto de barras de hierro Llegaron al campamento, precedidos por el «*jeep*» donde iba Bin.

El domador se dirigió directamente a la tienda de su jefe.

—¡Ya estamos aquí, Pat!

—¡Formidable! —dijo éste, levantándose—. ¡Vamos a ver esa maravilla!

El grosor de los barrotes les llamó poderosamente la atención.

—¡Es fantástico!

—Ninguna fiera, por muy fuerte que sea, puede romper estos hierros.

—¿Qué vamos a hacer, Walker?

—Descansar un rato hasta que este maldito sol se haya ido. Después me pondré en marcha con los camiones, dejándolos cerca de donde he situado la trampa.

—¡Déjeme acompañarle! —dijo el domador.

John miró a Pat, y éste, con una sonrisa en los labios:

—También voy a ir yo. No me perdería esta cacería por todo el oro del mundo. Además, quiero que el motivo de atracción de esa bestia sea real. Nos llevaremos mi equipo de cine y filmaremos la captura.

¿Qué os parece, Walker?

—Por mí, hagan lo que quieran.

—¿Le molesta que vayamos?

—No; pero ya me conocen. No quiero que nadie meta la pata. Permanecerán alejados, en el lugar que yo les diga sin hacer ninguna clase de tontería. En esta ocasión —añadió sordamente—, si me fallase la cacería por culpa de alguien… ¡le mataría sin dudar!

—Entendido. No nos moveremos del sitio que usted nos fije.

* * *

Dejando los camiones en un sitio bastante alejado de la trampa, Walker situó a los miembros del circo, ayudantes, domador y Pat, con su moderno equipo cinematográfico, en un altozano desde donde podrían filmar cómodamente las escenas cinegéticas.

Los negros, después de haber preparado y cubierto cuidadosamente la trampa, se habían retirado velozmente y sólo

Taluko se había quedado allí, yendo después en busca del cazador o, más exactamente, en busca del alcohol que éste, le había prometido.

—¿Lo han preparado todo? —inquirió John cuando el negro estuvo a su lado.

—Sí, «bwana»; todo está preparado.

—Mejor. ¿Entendiste mi plan perfectamente?

—Perfectamente, «bwana», Ogano debe acompañar al gigante hasta aquí, pero luego se quedará atrás, ya que le he dicho que las primeras fotografías han de tomarlas solamente del gigante: que después le harían cine junto a su amigo.

—Sí, es mejor así. No quisiera que le ocurriese nada a tu hijo.

—Gracias, «bwana»… ¿No tienes nada que apague el fuego que tengo en la garganta?

Walker sonrió.

—En el coche hay una botella medio vacía. Bébete el resto, borrachín; pero te aseguro que si tocas alguna más te cortaré las manos.

—Me prometiste veinte cajas, «bwana»…

—Y te daré cincuenta, a fe de Walker, si logramos cazar al gigante; pero sólo cuando lo tengamos en la jaula. Y hablando de todo, ¿dónde están tus hombres?

—Allá en el bosque.

—Quiero que estén preparados para actuar en el momento que el gigante caiga en la trampa. ¿Entendido?

—Iré a avisarles, «bwana»… ¿Puedo llevarme esa botella?

—Sí.

El tiempo pasaba demasiado lentamente para el cazador y se fumó media docena de cigarrillos antes de que, a lo lejos, el vigía que había colocado en la copa de un árbol hiciese la señal convenida, advirtiendo la proximidad de la «pieza».

Una emoción salvaje se apoderó de él.

Nunca, hasta entonces, a pesar de haber tomado parte en innumerables safaris y de haber cazado todo lo estable, había experimentado aquella sensación de exaltación que le invadía ahora.

Tumbándose en el suelo, se escondió lo mejor que pudo entre el follaje, enfocando sus prismáticos hacia el lugar donde se hallaba la

trampa.

HASTA QUE EL GIGANTE APARECIÓ.

Era la segunda vez que lo veía, pero le pareció ahora mucho más grande, sencillamente enorme, comparado con los árboles al lado de los que pasaba. Moviendo los prismáticos, vio a Ogano en una de las manos del monstruo.

Sintió un escalofrío.

Con aquello no contaba, ya que no podía imaginar que la intimidad entre, aquellos dos seres tan distintos llegase hasta tal punto.

—Tanto peor —se dijo—. Si ese estúpido negrito quiere romperse la cabeza, al caer en la trampa, peor para él…

La distancia que separaba al gigante del tremendo agujero de la trampa iba disminuyendo paulatinamente.

De repente el hombre de Júpiter se detuvo.

Walker se sintió invadido por un nerviosismo espantoso. Temiendo que todo se fuese al suelo, se mordió los labios, hasta hacerse sangre en ellos. De no haber sido porque no quería llamar la atención de aquella bestia se hubiese levantado para buscar en el ««*whisky*» la tranquilidad que en aquellos momentos necesitaba.

Los gemelos le temblaban en las manos y tuvo que hacer un verdadero esfuerzo para seguir enfocando a la extraña criatura, que seguía completamente inmóvil, con el negrito en su mano derecha, y no lejos de su rostro, como si lo contemplase mientras hablaba con él.

La campánula transparente que cubría su cabeza brillaba con el sol, impidiendo a Walker que pudiese distinguir claramente su rostro.

Súbitamente el gigante se inclinó, posando dulcemente a Ogano en el suelo. Walker respiró profundamente al ver que el negrito le señalaba el lugar donde estaba la trampa.

¡Todo iba a salir perfectamente!

El negrito se había quedado atrás y Tuk avanzaba confiadamente.

El corazón de Walker empezó a latir frenéticamente, con tanta intensidad que, por un momento, creyó que el monstruo llegaría a oírlo.

Y; de repente, un estrépito formidable desgarró friolentamente el

silencio de la mañana. Al mismo tiempo, una nube de polvo se levantó en el sitio exacto donde el gigante había caído, y Walker, poniéndose en píe, lanzó un salvaje grito de alegría, corriendo a toda velocidad hacia aquel lugar.

Al mismo tiempo, los negros de Taluko, precedidos por éste, corrieron también hacia la trampa, y los blancos, con Pat que iba detrás de ellos, moviendo con extrema dificultad su opulencia abdominal, fueron también atraídos por la caída de Tuk.

Walker llegó el primero.

Asomándose prudentemente al borde de la trampa, vio que el gigante había caído de costado y que permanecía así, completamente inmóvil.

Se asustó.

Pero luego, al ver que la espalda de aquel hombre se movía rítmicamente, se dio cuenta de que vivía y que debía estar atontado por el golpe.

Un alarido de horror, que sonó a su espalda le hizo dar un salto, asustado.

—¿Qué? —inquirió.

Pero, al volverse, vio a Ogano, que lloraba desconsoladamente y que, lleno de furia, se lanzaba sobre él.

—¡«Bwana», maldito! ¡Ha engañado a Tuk y, lo ha matado!

John se vio y se deseó para librarse de aquella fierecilla qué mordía, arañaba y daba puntapiés a diestro y siniestro. Finalmente, la presencia de Taluko resolvió la situación, ya que el negro empezó a golpear al pequeño hasta que lo hizo huir.

—¡Es un descastado, «bwana»! —dijo sonriendo.

CAPÍTULO IX

oscientos hombres participaron en lo que resultó una maniobra difícil: colocar al gigante en la jaula, cuyo montaje allí, sobre el terreno, tampoco estuvo exento de trabajo.

Por fortuna para los cazadores, Tuk seguía inconsciente y por su parte no se encontró, naturalmente, resistencia ni pasividad alguna.

Los mismos doscientos hombres hubieron de tirar o empujar la jaula sobre sus ruedas de madera hasta que al colocarla sobre el firme relativo de la carretera el trabajo se hizo más sencillo y más cómodo.

Pat había agotado toda la película que llevaba.

Su rostro, más mofletudo qué nunca, expresaba una satisfacción completa y, montado en su «*jeep*», no hacía más que adelantarse o atrasarse, sin experimentan cansancio alguno por vea al magnífico ejemplar que había conseguido.

Todavía le parecía imposible, como un sueño.

Y por eso, dudando de sí mismo, corría hacia atrás y hacia adelante, mirando y remirando a su presa.

Había atado las fuertes muñecas del hombre de Júpiter a sendas cadenas que colgaban del techo de la jaula. Y sus tobillos, igualmente encadenados, le hacían prácticamente indefenso.

La llegada al campamento resultó una verdadera apoteosis. Todos los miembros del circo salieron para recibir a su director, y después de las exclamaciones de asombro ante el hombre capturado, los vivas a Pat le demostraron que todavía podía contar, al menos, con la «hipócrita afección» de unos cuantos.

Todos estaban allí, excepto Oscar.

Había oído, como los demás, el alboroto de la triunfal llegada de los cazadores; pero, venciendo fácilmente su curiosidad, que consideraba en aquella ocasión como un sentimiento degradante, cerró su tienda y encendió un cigarrillo, haciendo oídos sordos a las exclamaciones que llegaban hasta él.

Entré tanto, la jaula estaba siendo colocada en el centro de la plazoleta de la «reserva», bajo la dirección de Walker, que seguía dando órdenes a diestro y siniestro.

Lana Fredson sintió también la algarabía y salió, impelida por una curiosidad mucho más fuerte que el relativo temor que tenía. Corriendo por entre todos los que rodeaban la jaula, logró llegar a la primera fila y se quedó mirando, con una mueca de horror, a Tuk.

No pudo retener el grito que brotó de sus labios.

—¡Pero si es un hombre! ¿Qué habéis hecho?

La miraron y muchos de ellos se dieron cuenta, entonces —tan obcecadamente habían mirado a la jaula, influidos por las palabras del cazador—, de que aquella criatura era humana y de que su rostro, perfectamente visible a través de la campánula, transparente que llevaba, dejaba ver unas facciones en las que, por encima del dolor y el sufrimiento, se leía una indudable nobleza.

Al oír el grito de la muchacha, Walker, que estaba al otro lado de la jaula, corrió hacia ella, y al encontrarla bien, se pavoneó ante ella señalando a la jaula.

—¿Qué le parece mí presa, señorita Fredson?

Ella le miró con horror.

—¿No se da usted cuenta de que… «eso», es un ser humano,

señor Walker?

John la miró sonriendo.

—¿Quiere usted decir que es una persona como nosotros?

—Eso es.

—Se equivoca, señorita. —Y volviéndose, para mirar fijamente al hombre de Júpiter—: No puede ser, de ninguna manera, una persona, sino una bestia. ¡Si no hay más que ver los músculos de su cuerpo y su tremenda estatura!

—¿Por qué no le deja libre?

El la miró, primero sorprendido; después, sin poderlo evitar, lanzó una ruidosa y grosera carcajada.

—¿Habéis oído lo que ha dicho la señorita? —Inquirió, haciendo sinceros esfuerzos para controlar su risa—. ¡Que le dejemos escapar! ¿Sabe usted lo que haría «esta personita», como usted la llama, señorita? Acabarla con todos nosotros en menos que canta un gallo.

Ella le miró fijamente.

—¡Es usted odioso!

Y, volviéndose de espaldas, hizo lo imposible por no seguir oyendo aquella risa que le ponía los nervios de punta, refugiándose apresuradamente en su tienda.

Poco después, unos lamentos, en la parte posterior de la tienda, le llamaron la atención, y la muchacha, saliendo sigilosamente, tropezó con un niño negro, que apelotonado contra la lona, lloraba tristemente.

Ella se arrodilló a su lado, pasándole la mano por la cabeza.

—¿Qué te ocurre, pequeño?

El niño se sobresaltó, encogiéndose sobre sí mismo, como si desease ocultarse de algún peligro.

Después levantó la cabeza.

—¿Quieres pasar a mi tienda? —inquirió ella sonriendo—. Estarás muchísimo mejor que aquí. Ven, tomarás algo…

Él se dejó llevar de la mano mansamente, sin fuerzas para negarse ni tampoco para dar las gracias.

Una vez eh la tienda, Lana lo sentó en una silla y preparó una taza de chocolate para él.

—¿Qué te ha pasado? —preguntó—. ¿Por qué estabas aquí? ¿Te ha hecho daño alguien?

Y se volvió, dando la espalda al hornillo donde preparaba el

chocolate. Los ojos del niño, desmesuradamente abiertos, la miraban fijamente.

—Es usted muy buena —dijo.

—¿No quieres decir lo que te ha pasado? —inquirió ella, dándole la taza, que él tomó a pequeños sorbos.

Cuando hubo terminado, una triste sonrisa apareció en el rostro del negrito. Y, de repente, dominando difícilmente sus lágrimas, contó a Lana su fantástica historia, desde el día en que había conocido a Tuk hasta este otro, en que engañado por su padre y el hombre blanco, le había arrastrado hasta la trampa.

Lana no pudo evitar las lágrimas.

Era la más hermosa historia que hubiese escuchado jamás, y ahora se daba perfecta cuenta de que no se había equivocado al juzgar como una persona al gigantesco prisionero.

—¡Son unos malvados! —dijo.

Pero el niño estaba, evidentemente, preocupado por otra cosa.

—¿Qué harán con Tuk, señorita?

Ella dudó, antes de decir la verdad, cosa que le pareció lo mejor.

—Se lo llevarán para exhibirlo por las ciudades del mundo, Ogano. No creo que el señor Lower le haga ningún daño.

—¿Y lo tendrán siempre en esa horrible jaula?

Ella sonrió, procurando animar al pequeño.

—De momento sí: pero en cuanto se den cuenta de que no quiere hacer daño a nadie, le dejarán en libertad.

—¡Es muy bueno, señorita! Si hubiera querido hacer daño, ¡imagínese lo que habría hecho con su fuerza!

—Sí, debe ser muy bueno.

Hubo un corto silencio, sin que el niño dejase de mirarla fijamente, indudablemente; adivinó la muchacha, quiere decirme algo y no se atreve.

Le instó.

—¿Quieres alguna otra cosa, Ogano?

Él dudó todavía unos instantes; después, convencido de la bondad de aquella mujer, preguntó:

—Usted trabaja en el circo, ¿verdad?

—Sí.

—Verá: yo desearía…

Ella había adivinado todos sus deseos.

—Querrías venir con nosotros, ¿verdad?

—¡Eso es!

Ella se acercó a él, besándole tiernamente.

—No te preocupes, pequeño. Es lo menos que se puede hacer por ti, y no creo que Pat se niegue a ello. Hablaré con él y lograré que vengas con nosotros. Después de todo, es posible que seas tú —y nada más que tú— quien pueda convencer a ese gigante de que no se vengue de lo que han hecho con él.

—¿Podré estar con Tuk?

—Sí.

—¿En su jaula?

El asombro se pintó en los ojos de ella.

—¿Cómo? ¿Serías capaz de entrar en esa jaula… con él?

—¡Sería mi mayor alegría, señorita! Tuk estaría muy contento de tenerme a su lado. Además, he de decirle que yo no tuve ninguna culpa de lo que le pasó y que me engañaron como a él…

—¡Pobre Ogano! Habías encontrado un verdadero amigo y los hombres te lo han arrebatado a la fuerza:

Pero entonces se dio cuenta de que el niño no la escuchaba. Y al ver la rara expresión que había aparecido en el rostro del pequeño, hasta llegó a sentir miedo.

—¿Qué te pasa?

Ogano tenía los ojos entornados y sonreía. Permaneció así unos minutos y luego, bruscamente, miró a la mujer.

—Está, hablando conmigo —dijo, con una expresión de indecible felicidad.

—¿Hablando contigo? ¿Quién?

—Tuk.

—¿El gigante?

—Sí.

Ella no había oído hablar de aquel procedimiento de comunicación del que se servía el hombre de Júpiter. Y sus ojos se dilataron por el miedo.

—¿Te encuentras bien, Ogano?

Recordó entonces el pequeño que al relatar a la muchacha sus aventuras con Tuk no había hecho mención a la manera de entenderse.

—El dice las palabras aquí —dijo, señalándose la frente—. Antes

no se lo dije, señorita, pero es la verdad.

El miedo no había abandonado, ni mucho menos, a Lana.

—¿Qué estás diciendo, Ogano? ¿Te encuentras verdaderamente bien?

El vio que la mujer blanca tenía miedo y, para tranquilizarla, dijo a su invisible amigo lo que pasaba. Pero lo dijo pensando, ya que se había acostumbrado a hacerlo así y no como al principio, hablando en voz alta, como si necesitase hacerlo para que Tuk le oyese.

—Estoy muy contento de que estés bien, Tuk, y de que sepas que no he tenido culpa alguna en lo que te ha pasado.

—Ya lo sé, Ogano. ¿Quieres de verdad que me comunique con esa muchacha que tienes al lado?

—Sí.

El niño miró fijamente a Lana, que al cabo de uno segundos se levantó, palideciendo intensamente.

LA VOZ DE TUK ESTABA SONANDO DULCEMENTE EN SU MENTE.

—No tema, señorita. Ogano le ha dicho la verdad. En mí lejano país no podemos hablar como ustedes y utilizamos un lenguaje telepático.

—Ya lo veo, señor.

—Le agradezco todo lo que se propone hacer con el pequeño. Es muy bueno y se merece todo.

—No se preocupe, señor Tuk; me ocuparé de él.

—Muchas gracias.

La expresión de miedo había desaparecido de su rostro, siendo sucedida por una tranquilidad que le había invadido el alma. Todavía en aquel momento, aun después de haber oído perfectamente la voz interna del gigante, le parecía algo tan fantástico como sorprendente.

—¡Es maravilloso! —exclamó.

Y volvió a dar curso libre a sus lágrimas, percatándose de la horrorosa cacería que habían hecho los hombres en aquel día.

* * *

El «*whisky*» corría a chorros en la tienda de Pat.

Todos los que habían tomado parte activa, en la cacería estaban

allí, bebiendo, riendo, charlando a grandes gritos y haciendo proyectos para un inmediato futuro.

—¡No quiero que me caces más cosas, Walker! —gritó Pat—. ¡Con esa maravilla tengo bastante!

—¡Ya lo creo!

—Voy a largarme de aquí a toda velocidad.

—Deseas llegar pronto a Europa, ¿eh? —rezongó el cazador.

—¡Ojalá estuviese allí ya! ¿Es que no te das cuenta de lo que me espera en Europa?

—Me lo imagino.

—¡Qué vas a imaginártelo! Hay que haber nacido en el circo para saberlo, ¿no es verdad, muchachos?

Y después de una pausa.

—¡Europa! ¡América! Todos los países se volverán completamente locos por poder ver esa fiera. Reyes, presidentes, ministros, todas las grandes personalidades del mundo correrán a mi circo para, pagando lo que sea, poder examinar la cosa más extraordinaria que se ha visto jamás.

—¿Podrás evitar que los sabios te quiten esa presa?

Pat miró a Walker con los ojos inyectados en sangre.

—¿Me tomas por un estúpido? ¡Nadie se acercará a esa jaula, que no sea de mi completa confianza! Y si los sabios quieren estudiar en ese bicho, tendrán que esperar a que se muera, y aun muerto, Pat hará un fabuloso negocio, ya que, si quieren, tendrán que pagármelo a precio de su peso en oro.

—¡Bien hecho, Pat!

Nuevas botellas fueron abiertas y la alegría prosiguió a la misma fantástica marcha que los planes.

Will, el trapecista, y Arnod, el domador, estaban sentados en el suelo, en un rincón de la tienda, un tanto alejados del bullicio general.

—Seremos el circo más famoso del mundo —dijo Will.

—Ya lo verás.

—¿Qué es lo que veré?

—Tendrán que confiármelo.

—¿A ti?

—Sí a mí. Nadie tendrá coraje de acercarse a esa bestia, si no es Arnod, el más grande domador de todo el mundo.

—Desde luego, no encontrarás en mí un enemigo a tu idea. Por mí, amiguito… ¡te lo regalo!

—No lo quiero para mí —gruñó el otro, con voz sorda—. Lo que deseo es que me lo confíen para la doma. Será la cosa más emocionante que haya hecho en toda mi vida…

—¿No tienes miedo?

—¿Miedo el gran Arnod?

Y después de una crisis de hipo, que le impidió hablar durante unos segundos.

—Escucha, trapecista: Arnod no sabe lo que es el miedo. He metido la cabeza en la boca de leones, leopardos, tigres, osos de todos los colores. ¿Quieras volver a ver mi cuerpo?

—¡No, déjalo! No vale la pena.

—¿Que no vale la pena?

Se arrancó la camisa, dejando el tórax, repleto de cicatrices, al aire.

—¡Fíjate! Éste me la hizo un leopardo, por la culpa de aquel maldito veterinario, que no supo ver que el animal tenía un forúnculo, en un oído: Cuando hacía restallar el látigo al lado derecho de su cabeza, el animal se volvía loco de dolor… Éstas son las «huellas dactilares de una leona», que se vengó de la muerte de su «esposo»…

—¿Sí?

—Sí, amigo mío. Aquel hijo de perra de león intentó matarme, pero yo me adelanté y lo dejé seco de un tiro… Verdad es que Pat se puso hecho una fiera, pero terminó comprendiendo que yo tenía razón. La leona, dos o tres, noches después, ya que había asistido desde la jaula a la muerte de su compañero, me regaló esta caricia, como cariñoso recuerdo.

—Eres un valiente, Bin.

—Lo soy, de eso no he dudado jamás…

Y bajando la voz:

—¿Quieres que vayamos a ver al gigante?

—¿Eh? —se asustó Will.

—No levantes la voz. Si tienes miedo, quédate aquí; pero yo tengo que empezar a acostumbrar a esa fiera a que, sepa quién es el, amo.

Y se levantó, tambaleándose.

Emerson, asustado al principio, le siguió, no de muy buena gana.

Ambos, salieron de la tienda, sin que nadie se diese cuenta.

La noche africana era magnífica.

Apoyado el uno en el otro, recorrieron la distancia que1 las separaba de la enorme jaula. Pero, antes de llegar, el domador se detuvo.

—Espera, voy a por dos tridentes; podemos necesitarlos.

Se acercaron a la jaula.

Las luces del campamento Iluminaban parcialmente a Tuk, cuyo rostro estaba, no obstante, sumido en la sombra.

Había estado pensando, durante mucho rato, después de comunicarse nuevamente con Lana, a la que rogó no dejase que el niño se acercase a la jaula.

La tristeza le hacía daño.

Había descubierto demasiadas cosas en muy poco tiempo, y se daba cuenta de que no era solamente en el lejano Júpiter donde la maldad, la ambición y el odio reinaban.

Fue entonces cuando «presintió» la llegada de los dos borrachos.

Leyó claramente en sus mentes sus repugnantes propósitos, pero no quiso perder el tiempo con ellos, ya que su mente, lanzada plenamente a la tercera facultad, estaba ahondando el cerebro de hombres situados a muchos kilómetros de allí.

Estaba aprendiendo.

Estaba recorriendo ciudades dormidas, ciudades febriles, islas y continentes. Porque deseaba, antes de que todo se acabase, conocer un poco el mundo al que había ido a parar.

Su entrecejo estaba profundamente fruncido.

De vez en cuando, no obstante el desolador panorama moral que encontraba por doquier, sus labios se entreabrían con una sonrisa. Aquello significaba que acababa de tropezar con un alma buena, con un corazón lleno de bondad, lo que quería decir que en aquel mundo, por encima de la irresponsabilidad general, que parecía cubrirlo todo, había corazones que latían llenos de maravillosos sentimientos.

Si, había muchos, muchísimos, hombres buenos; pero, de la misma manera que sucedía en Júpiter —¿sería acaso una ley universal?—, aquellos corazones bondadosos estaban soterrados por la maldad de otros «emios», que aquí, generalmente, se

diferenciaban poco de los que le habían expulsado de su planeta natal.

Fue en aquel momento cuando el tridente le penetró profundamente en una pierna.

Su mente dejó de viajar en la lejanía invisible y volvió allí, bajo el hermoso cielo estrellado. Iba a actuar contra aquellos dos borrachos, cuando su espíritu tropezó, con sorpresa, con otro, de una potencia extraordinaria que, sin duda alguna, llevaba un buen rato buscándole afanosamente.

CAPÍTULO X



rá una primera facultad en aquel planeta.

Se estremeció de gozo.

A partir de aquel instante, ya no se preocupó de los bestiales pinchazos que los dos borrachos le procuraban, Aislándose de su cuerpo, que poco le importaba ya, entró en comunicación con aquel hombre, que estaba buscándole desde hacía rato.

Y escuchó su voz.

—Me llamo Oscar —dijo el hombre—, y he estado intentando entrar en comunicación contigo.

—Has de perdonarme. Utilizando una facultad extraordinaria, he viajado no poco por tu planeta.

—¿Cómo? ¿Puedes comunicarte con cualquier distancia?

—Sí; es decir, dentro de este mundo, al que he llegado.

—Viniste del Espacio, ¿verdad?

—¿Cómo lo sospechaste?

—Por todo. ¿Eres de fuera del Sistema Solar?

—No. Soy de ese planeta gigantesco que vosotros llamáis. Júpiter. Fui desterrado.

—Estarás asqueado de nuestro mundo, ¿verdad?

—No lo creas. Acabo de hacer, como te he dicho, antes, un largo viaje y he encontrado más bondad que maldad.

—Es posible.

—Sois, indudablemente, criaturas muy jóvenes, aún para que se pueda juzgaros con excesiva severidad.

—¿Piensas escaparte?

—No puedo.

—Si quieres que te ayude…

—Tampoco podrías. Al caer en aquella especie de trampa, se rompió uno de los depósitos de gas que me sirve para respirar; el otro depósito está terminándose rápidamente.

—¿Qué, respiras? Podría buscarte el gas…

—Respiro una atmósfera rica en lo que vosotros llamáis «metano»; pero, por favor, no te preocupes por mí… Estoy verdaderamente cansado.

—¿Cómo permaneciste en África? ¿Por qué no te pusiste en comunicación con algunos hombres de ciencia, que te hubieran proporcionado todo lo que deseases?

Tuk sonrió.

—Acabo de conocer algunos de vuestros hombres de ciencia… Y estoy horrorizado. No, mi querido amigo: me hubiesen dado de todo, pero alguno de ellos hubiera manifestado prisa por saber cómo está formado mi cuerpo por dentro.

—¿Lo crees así?

—Seguro. He visto que muchos de vuestros sabios, los más inteligentes, se dedican, con una íntima satisfacción, a fabricar bombas horribles para destruir la humanidad. ¡Créeme que no lo entiendo!

—No me extraña. Ya te dije que habías llegado a un mundo malvado.

—No estoy de acuerdo contigo, Oscar. He visto, con la mente, a esos mismos sabios llegar a sus casas y ponerse a temblar, como criaturas, junto al lecho de su niño enfermo…

Oscar Cately no dijo nada.

—¡Sois unas curiosas criaturas, amigo mío! Antes me preguntabas por qué no me había movido de la pradera. Te lo voy a decir: encontré a Ogano y me sentía completamente feliz a su lado, ¡pobre niño!

Tampoco Oscar dijo nada.

—Sí que sois curiosos. Habéis creado ideas y más ideas; en realidad, las fabricáis constantemente. Luego, cuando las lanzáis, las llenáis de fervor por un lado y de odio por otro. Y son esas mismas ideas las que os hacen malos, intransigentes, inhumanos.

—Veo que ya nos conoces un poco.

—Muy poco.

Hubo una corta pausa.

—¿De verdad, que no quiere que intente algo por ti?

—No, no vale la pena. Yo, por el contrario, puedo hacer algo por ti.

—¿Por mí? No le entiendo.

—Leo en tu mente, por debajo de las ideas en que te mueves ahora, una tristeza que, como la mía, tiene el mismo motivo.

—¿A qué te refieres?

—A Lana.

—¿La conoces?

—He hablado con ella. Está con Ogano.

Oscar guardó un completo silencio mental; en realidad era incapaz de decir nada.

Pero Tuk leyó en su mente como en un libro abierto.

—Ella te ama, Oscar; yo puedo asegurártelo.

—Gracias, Tuk.

—Verás. Tengo un proyecto, que voy a poner en práctica ahora mismo. Ya que mi estancia aquí ha sido muy corta quiero, al menos, poder hacer un poco de bien a los que se lo merecen de verdad.

—¿Qué proyecto es ése?

—Muy sencillo. Voy a utilizar mis facultades para hacer un poco de justicia entre vosotros; pero antes desearía pedirte un favor.

—El que quieras.

—Deseo legarte algo.

—¿Qué?

—Mi cadáver.

—¡No digas tonterías!

—Escucha. Quiero que me prometas que te apoderarás de mis restos y que los entregarás a los sabios de la Tierra… a cambio de un buen precio.

—¿Qué dices? ¡No te entiendo!

—Es muy fácil. Deseo que Ogano salga de África, que se eduque en las mejores escuelas y que sea un hombre de provecho. Con el dinero que te darán por mi cadáver, podrás pagar todo eso.

Oscar tragó saliva, con evidente dificultad.

Estaba intensamente emocionado.

—Lo haré.

—Gracias. —Y después de una pausa—: No salgas ahora de tu tienda. Cuando todo esté terminado, puedes venir para hacerte cargo de mi cuerpo. Adiós, amigo.

—Adiós.

* * *

Desconectando su comunicación mental con Oscar, Tuk volvió a la próxima realidad, sintiendo un vivo dolor en ambas piernas, que continuaban siendo fustigadas por los dos borrachos.

Su segunda facultad se puso en marcha.

En la tienda, Pat, casi completamente ebrio, sintió que; repentinamente, se le aclaraba la mente. Al mismo tiempo, la seguridad de que Will y Arnod estaban hiriendo al gigante apareció en su conciencia.

Lo mismo le ocurrió a Walker.

Se miraron.

—¿Dónde están esos dos malditos? —rugió el cazador.

—¡Vamos! ¡Van a pagarlo caro!

Y salieron en tromba.

Durante el camino, John sacó su pistola.

Al llegar junto a la jaula, sorprendieron a los dos borrachos que, riéndose a carcajadas, continuaban pinchando a Tuk.

—¡Yo soy tu amo! —gruñía Arnod—. ¡Di que me obedecerás o te dejo sin piernas!

—¡Eso es! —reía Will—. ¡Vamos a dejarte sin piernas, grandullón! ¿Creías que te teníamos miedo, eh?

Walker disparó primero contra el domador, atravesándole la

cabeza. Después, volviéndose, mató al trapecista.

—¡Perros!

Se acercaron, y Pat, que llevaba una linterna, enfocó hacia arriba, sorprendiéndose al ver el rostro extremadamente pálido de Tuk.

—¡Se está muriendo!

La rabia hizo que los ojos de John se inyectasen en sangre.

—¡Peor para ti, si se muere, imbécil! Pero antes me pagarás todo lo que me debes…

El otro le miró fijamente.

—¿Qué te debo?

—¡El dinero y la chica!

Pat sonrió con desprecio.

—Si quieres que te pague, debes curar al gigante. No me creerás tan tonto, ¿verdad?

—¿Quieres que yo le cure? ¿Que entre en la jaula? ¿Te has vuelto loco, especie de cerdo?

Y le disparó al vientre, a boca de jarro, riéndose a carcajadas.

—¡El dinero será mío y la chica también!

Pat se desplomó pesadamente en el suelo.

Sin dejar de reír, Walker se dirigió, tambaleándose, hacia la tienda del director, donde quería apoderarse del dinero que éste había colocado en la caja fuerte.

Pero de repente…

¡Era imposible!

CUATRO GIGANTES, COMO TUK, LE CORTARON EL CAMINO.

John los miró, con los ojos desmesuradamente abiertos, mientras su corazón se ponía a latir locamente.

—¿Quiénes sois?

—Venimos a vengar la muerte de nuestro hermano Tuk.

—¡Yo no le he matado! ¡Fueron ésos! —y señaló, histéricamente, los cadáveres que yacían junto a la jaula.

—Tú lo cazaste.

Poco a poco, con la frente perlada de un sudor frío y las piernas que no le sostenían, John fue retrocediendo hasta que de repente su espalda tropezó con algo duro.

Entonces, sintiendo los barrotes de una jaula sobre su carne, disparó todas las municiónese que le quedaban, contra los gigantes,

que lanzaron una carcajada horrísona.

—¡Somos invencibles! —dijeron.

Walker se consideró perdido.

—Entra en esa jaula.

Y, con movimientos automáticos, como hipnotizado, abrió la puerta y penetró en el interior, marchando hacia el rincón más alejado del león.

Al encontrarse allí dentro, Walker, sin comprender aun lo que le pasaba, se percató, no obstante, de que estaba irremisiblemente perdido.

—¡¡NO!! —gritó.

De un salto elástico, el felino se lanzó sobre él, ahogando el segundo grito que pugnaba por salir de la garganta del malvado.

* * *

El silencio cayó sobre la reserva.

Oscar esperó un poco, con el sonido de los disparos todavía en el cerebro, rogando que nada hubiese ocurrido a Lana ni al niño.

Antes que nada, incapaz de frenar su impaciencia, corrió hacia la tienda de Lana, penetrando en tromba.

La muchacha y el niño estaban fuertemente abrazados, con los ojos dilatados por el miedo.

—¡Lana!

Todo lo antiguo volvió a vivir con una extraordinaria fuerza.

Se abrazaron fuertemente y ella le preguntó lo que había pasado.

Entonces, sentado a su lado y con Ogano a sus rodillas, él les explicó la fantástica conversación que había mantenido con Tuk. Y ella, al igual que el niño, no pudo contener sus lágrimas.

Cuando Oscar terminó su relato, hubo un largo silencio.

Después, dejando a Ogano en el suelo, Cately se levantó.

—Creo que deberíamos ir a verle.

Ogano se cogió de la mano de ambos jóvenes y los tres salieron. La noche palidecía ya y las primeras luces del alba se asomaban tímidamente en el horizonte.

El silencio seguía siendo completo.

Al llegar junto a la jaula y descubrir los tres cadáveres que allí

había, Lana ahogó un grito de terror.

Pero la voz de Oscar era serena.

—Hizo la justicia que debía ser hecha.

Se acercaron aún más.

Ogano miraba hacia el suelo, temiendo levantar la cabeza. Entonces, arrodillándose a su lado, Oscar le cogió por el mentón, obligándole a mirar hacia arriba.

El niño alzó los ojos.

Allá arriba, detrás de la campánula transparente, el rostro de Tuk, demasiado pálido quizá, estaba, no obstante, muy sereno. La sonrisa que entreabría sus labios estaba, sin duda alguna, dirigida a su amiguito negro.

De repente, la cabeza cayó pesadamente sobre el pecho.

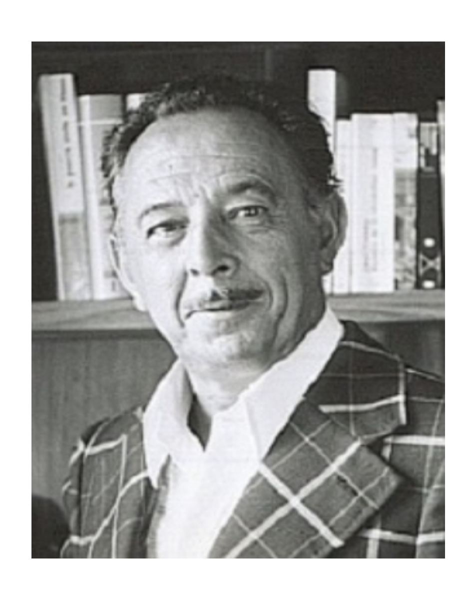
El hombre de Júpiter había muerto.





Escena de KRONOS, Regalscope
20th Century Fox

Precio en España: **6.—ptas.** En Argentina: **4,5 pesos**



ENRIQUE SÁNCHEZ PASCUAL. Nació en Madrid en agosto de 1918. Era estudiante de medicina cuando estalló la guerra civil, lo que le obligó a abandonar los estudios. Su condición de combatiente republicano le obligó a exiliarse de España al terminar el conflicto, refugiándose en Francia. Allí conoció a su esposa, Ángeles Abulí, con la que contrajo matrimonio fruto del cual fueron cinco hijos: Christiane, Enrique, Richard, Yolande y May. Posteriormente regresó a España, lo que le costó cumplir una pena de prisión en la cárcel de Figueras; resulta curioso comprobar el paralelismo de esta etapa de su biografía con las de otros autores de literatura popular tales como Marcial Lafuente Estefanía, el recientemente fallecido Alfonso Arizmendi o Fernando Ferraz Fayos (Profesor Hasley) entre otros; por lo que se ve, el bando perdedor de la guerra civil fue una cantera de excelentes escritores en los años subsiguientes. En los duros años de la posguerra, y domiciliado en Madrid, trabajó como representante de unos laboratorios farmacéuticos escribiendo Poesías para médicos, un irónico poemario dedicado al colectivo médico. Poco después, animado por un amigo escritor, probó suerte en el campo de la literatura popular, entonces en auge, es de suponer que con éxito puesto que acabaría convirtiéndose, tal como se ha comentado en la introducción, en uno de los autores más

conspicuos del género. Aunque Sánchez Pascual comenzó su carrera literaria en Bruguera, lo que motivó el traslado de toda la familia a Barcelona, fijando su residencia primero en el pueblecito de Mirasol y posteriormente en Sant Cugat del Vallés y Masnou, también fue uno de los principales colaboradores de Toray, la rival catalana de Bruguera, donde asimismo dejó un extenso catálogo. Otras editoriales para las que escribió fueron también la desaparecida Ediciones Petronio y la mexicana Diana.

Tal como solía ocurrir en este campo, Sánchez Pascual escribió prácticamente de todo: novelas, guiones, poesías, artículos, obras de teatro, traducciones… y por supuesto, abordando prácticamente todos los géneros. Como es natural tuvo que firmar bajo seudónimo y, al ser tan prolífico, recurrió a una buena batería de ellos. El más conocido de todos es probablemente el de Alex Simmons, pero también utilizó el de Karl von Vereiter, para firmar libros de temática bélica y, ya dentro de la ciencia ficción, recurrió a toda una batería de los mismos: Law Space, H.
S. Thels,
W. Sampas, Alan Comet, Alan Starr, Lionel Sheridan, el ya citado Alex Simmons… El que hay que descartar como suyo, pese a las atribuciones que se le han hecho, es el de Marcus Sidereo, probablemente un seudónimo editorial bajo el que se cobijaron diferentes autores no identificados.